
AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
EN SU PROPIA GUARIDA
por FIDEL PRADO
3
PTAS

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


En su
PROPIA
GUARIDA

CAPÍTULO PRIMERO

UNA MISIVA EDIFICANTE

QUINCE días después de las dramáticas jornadas sufridas en la mina «Esperanza», Jim, Stella y Nino, se hallaban reposando tranquilamente en la hacienda de Texas, para recobrar fuerzas y olvidar los malos ratos pasados.

Antes de partir para el rancho, Jim había dejado la mina bien guardada en manos de su capataz, mientras se procedía a intentar la venta antes de salir definitivamente del poblado. Texas realizó ciertas gestiones para ver si localizaba las huellas de Zenker y Vera, pero tuvo que renunciar a su empeño.

Lo único que logró averiguar, fue que habían estado ocultos en una casita de las afueras y hasta alcanzaron a poseer el dato de que con la pareja, había un individuo de edad avanzada, cuyas señas extrañaron a Jim, pues de no hallarse seguro de que el padre de Vera había muerto ahorcado por su propia mano, hubiese jurado que las señas personales de aquel individuo misterioso correspondían al financiero Spack.

Pero tan convencido estaba que no había podido volver a la vida, que sus sospechas cristalizaron en suponer que se trataba de algún nuevo elemento sumado a la pareja para aumentar sus

escasas fuerzas.

Stella entusiasmada de su estancia en el rancho, decía a Jim:

—¿Cree usted de verdad que habrá alguien que quiera comprar esa funesta mina?

Él, que quería librar a la joven de la preocupación que su herencia le estaba produciendo, repuso:

—Claro que creo que hay quien desea comprarla. Tengo quien ofrece 500 000 dólares…

—¿Y por qué no se la cede hoy mismo?

—¿Usted cree que debe conformarse con ese precio?

—¡Pues claro que sí! Medio millón de dólares. ¿Para qué deseo más? ¡Si con ese dinero tengo para vivir estupendamente toda la vida!

—En ese caso, yo haré preparar la escritura de venta.

—Sí, hágalo, Jim. Necesito ese dinero rápidamente.

—¿Para qué? —preguntó él intrigado.

—Primero, para no estar viviendo a sus expensas tanto tiempo. Esto es vergonzoso en una mujer que casi es millonaria y segundo… porque deseo comprar terreno para levantar una casita para mí.

—Lo segundo me parece bien. ¿Dónde piensa instalarse? —preguntó él con cierto temblor de voz.

—Pues… confío en que dentro de este mismo terreno. No creo que un hombre tan rico como usted que posee tantas millas libres, no quiera venderme una parcela.

Él sonrió levemente y repuso:

—Escuche, Stella. Ya le dije, que éste fue el patrimonio que me dejó mi padre, el cual he acrecentado, pero del que no me he desprendido ni de un acre. Usted no necesita comprarme terreno. Si desea vivir aquí, yo haré que levanten un edificio en el lugar que más le guste de mis terrenos y lo puede usted habitar toda la vida. ¿Qué más le da?

—No es justo, Jim. ¿Seré siempre su huésped?

—¿No le agrada serlo? Entendí que…

—¡Claro que sí! —se apresuró a afirmar ella— pero quisiera ser su vecina más cercana. No depender de nadie y no lo considere ofensa, sino delicadeza.

—¡Bah! Usted no me hace extorsión, Stella. De mí viven un millar de colonos.

—Pero producen, Jim. Yo no.

—No todos. Los tengo jubilados del trabajo y sólo sirven para pasear o vigilar a lo sumo. Por otra parte, su presencia a mi lado es un tesoro. Estoy solo y sin familia ni amigos. No soy un ogro y una buena amistad con quien distraer ratos perdidos vale mucho.

—Bien, si usted se obstina… Pero entonces, ¿para qué quiero yo ese medio millón de dólares?

—Para guardarlo, o para emprender negocios por su cuenta… La vida no es siempre la misma. Un día, puede usted encontrar un hombre de su agrado y si usted tiene un buen patrimonio y él también…

—No me hable de eso, Jim, no quiero pensar en esas cosas por ahora. Yo no quiero más que vivir y descansar en este Paraíso…

—Donde hay muchos demonios, no lo olvide.

—Y algunos ángeles con bigote —dijo ella riendo— tampoco lo olvido.

—Eso irá por Nino —afirmó él divertido— y su tipo de ángel pondría en ridículo al propio San Gabriel, si se enterase de la comparación.

—Pero tiene un corazón que vale un cielo. Si acaso, diremos de él que es un angelote.

Y ambos rieron la broma.

Como quiera que Jim no había dado por conclusa su lucha con Zenker y Vera y como por otra parte estaba seguro de que estos no renunciarían a la lucha y a la venganza, decidió no descuidarse ni dedicarse a un descanso ocioso que pudiera permitir a sus enemigos rehacerse y aplicarle algún golpe funesto.

Había conseguido de su amigo el Secretario de Estado, que se prescindiese de sus servicios durante algún tiempo para dedicar éste a sus asuntos personales y aceptada la petición, se propuso aprovechar aquella tregua en sus tareas semioficiales.

Había recogido en el hotelito de Zenker una cantidad de documentos muy preciosos que tenía que examinar. En ellos, estaban condensadas las pruebas de muchos latrocinios de la familia Spack, algunos de posible reivindicación y quería hacer extensivo su favor a aquellos que gemían en la desesperación o la ruina por culpa del egoísta y carnívoro financiero.

Dejando a Stella que gozase de las delicias de principios de

otoño en su hacienda, decidió dedicar algunas horas al estudio de aquel fárrago de documentos y la muchacha, aun abrigando el temor de que volviese a enfrascarse en aventuras que le podían ser funestas, nada pudo oponer a los proyectos de Texas pues no poseía un egoísmo tan feroz, que le permitiese gozar de la generosidad del héroe, negándosela, negándosela a los demás que como ella, eran víctima de la rapacidad de Spack. Jim, se encerró en su despacho y empezó a ordenar la documentación. Algunas cosas estaban tan pasadas de actualidad, que sería imposible seguir la pista a los expoliados, pero había algunas que podían ser remediadas en parte.

Texas se asombraba de la habilidad, la sagacidad, el ingenio y la maldad de sus enemigos para llevar adelante sus sucios negocios.

Calculando los expolios de que poseía pruebas, fijaba la fortuna de Vera en un buen puñado de millones de dólares y su ingenio fecundo, estaba trabajando a toda tensión en busca de la manera de atacar aquella fortuna para devolvérsela a sus legítimos propietarios, en los casos que fuese factible y la parte que no pudiera ser, arrancársela también para dedicarla a ciertas obras caritativas como compensación.

Entre los documentos, encontró algunos pertenecientes a Zenker. Era un manojo de cartas guardado en una cartera de piel de búfalo y el contenido de ellas acusaba el corazón negro y falto de escrúpulos del secretario del financiero.

Entre las muchas cartas descubiertas, encontró una de fecha relativamente reciente. La firmaba una muchacha llamada Daphne y la releyó varias veces.

La misiva decía así:

«Zenker: eres el hombre más ruin y miserable de toda la tierra. Te introdujiste en mi hogar abusando de la bondad de mi pobre padre enfermo y en situación angustiosa y fingiste una bondad y un desinterés que eran de una falsedad execrable.

»Con tus ofrecimientos de hombre influyente y sabio en los negocios, arruinaste a mi padre en beneficio tuyo —lo he sabido cuando ya no tenía remedio— me hiciste creer que eras un hombre honrado que me amabas y conseguiste que con la fortuna de mi padre te entregase mi inocente amor.

» ¿Qué hiciste con todo ello? Lo que poseía un valor material, te lo apropiaste y lo que contenía un valor espiritual, lo arrastraste por el fango con esa maldad y esa sangre fría que posees.

»De todo ello, sólo ha quedado una pobre mujer arruinada física y moralmente, que para poder mantenerse en la vida tiene que apelar a trabajos vergonzosos y un pequeño fruto de tus ratos de diversión, del que has renegado y al que dejas en el abandono, a merced de los tristes y vergonzosos esfuerzos de su madre para sacarle adelante.

»No te pido que te hagas cargo de él; eso nunca. Le convertirías en un ser miserable y sin entrañas como tú y prefiero verle morir de hambre antes que entregártelo, pero sí te pido que de todo lo que me has robado y que no te

reclamo, entregues algunas migajas al hijo que es tuyo aunque lo niegues, para que pueda atenderle y hacer de él un hombre de bien.

»No quiero que sepa jamás quien fue el infame que le dio el ser. Se avergonzaría de ello y me maldeciría a mí, pero creo tener derecho a pedirte a ti que le atiendas aunque sólo sea por misericordia.

»Te he escrito varias cartas a las que no te has dignado contestar. No quiero que alegues no haber recibido esta y hago de forma que sé que llegará a tus manos. Si no atiendes mi ruego, piensa que cuando una mujer se desespera y se decide a pregonar sus miserias por vengarse, es terrible y tú eres tan hipócrita, que tienes mucho miedo a que se pregone tu maldad y pierdas ese crédito falso de que blasonas y que te ha servido para infamias como la que cometiste conmigo.

»Cien dólares para atender dignamente a tu hijo, no son nada para quien como tú tantos miles de ellos gana o roba. . .No los regatees, Zenker; no los regatees, que he perdido la paciencia y aunque me cueste la

vida, a ti te va a costar algo más valioso que esa miserable cantidad.

»Te doy de plazo para contestarme quince días. Si pasado ese plazo no lo haces, tiembla pensando en lo que yo soy capaz de hacer aunque lo dudes.

»Te escupe a la cara por canalla.

»Daphne Rutherford.»

La carta estaba fechada en Empire, un pueblo de la divisoria de California con Nevada y Jim, después de enterarse del contenido, tomó una resolución.

Extrajo mil dólares de su cartera, los metió en un sobre, y en un pliego de papel escribió:

«Srta. Daphne Rutherford. Empire.

»Un enemigo irreconciliable del miserable Zenker, que se ha propuesto acabar con él y con sus maldades, ha tenido ocasión de leer por pura casualidad parte de su angustiosa correspondencia a semejante monstruo y convencido de que éste habrá hecho caso omiso de sus lamentaciones y amenazas, toma a su cargo el obligarle a una reparación moral y material del daño que le ha hecho.

»Me permito adjuntarle para sus más perentorias necesidades, mil dólares. Úselos

sin escrúpulos, pues a mí me sobran con exceso y mientras puedo ocuparme de que le sean hechas las reparaciones debidas, le enviaré pequeñas cantidades como ésta para que atienda a su hijo y pueda usted vivir con relativa tranquilidad, librándose de esa vida azarosa que al parecer lleva por imperativo de las circunstancias.

»Si lo desea, puede acompañar al dador y venirse con él y con su hijo a mi hacienda de California, donde nada les faltará para su recuperación y si no, quédese, pero le hago el ofrecimiento de corazón.

«Cuando a mi amparo viven cientos de personas, una o dos más ni siquiera se notan.

»Me alegraría que se decidiese a venir para que me procurase alguna información sobre el caso. Me será muy necesaria, ya que en estos momentos tengo entablado un duelo a muerte con Zenker y las personas a quienes éste servía y no puedo distraer un minuto que podría serme fatal.

«Zenker sabe que si no me mata, le mataré a él y como en estos momentos he perdido su pista, tengo que estar muy alerta

hasta encontrarla de nuevo.

»Le saluda y se lamenta sinceramente de sus desgracias, su affmó amigo.

»Jim Texas.»

Cerrado el sobre, llamó:

—¡Nino!

El mejicano, que aún no había terminado de fantasear ante los colonos agrandando las peripecias corridas en la mina, se presentó en el despacho.

—¿Llamabas, manito?

—Sí. ¿Tú sabes dónde está Empire?

El mejicano se rascó la cabeza y repuso:

—¡No lo sé, maldita sea Sonora!… Te juro que no lo he visto por la hacienda, ni sé quién es ese tipo, pero a lo mejor creo yo que estará haciendo el haragán por ahí, o así… Si le necesitas, le buscaré y te lo traigo ahora mismito de los cabezones.

Texas sonrió muy divertido y exclamó:

—Sí, búscale en la Geografía y tráemelo.

—¿En la Geografía dices? ¡Maldita sea Jalisco! ¿Dónde diablos está eso? Tienes tanto terreno tuyo, que no hay nadie creo yo que lo conozca del todo.

—Desde luego que no lo encontrarás, mastuerzo. Todavía no he tenido tiempo de adquirir la frontera de Nevada. Más vale que lo dejes. Busca a Brand y tráemelo. Le enviaré a él.

Nino, mustio y cabizbajo, salió en busca del peón aludido. Éste era un muchacho joven y fuerte, que había hecho muchos viajes con ganado a Nevada y conocía bastante bien el territorio.

—¿Sabes dónde está Empire, Brand?

—Sí, patrón; no muy lejos de Carson City.

—Justamente. Bien, como no necesito indicarte el camino, toma lo que precises para el viaje y sal inmediatamente para allí. Llevas esta carta; buscarás a la interesada y la harás llegar a sus manos. No vuelvas sin una contestación y si te es posible, tráete a la joven y al niño que tendrá con ella.

—Bien, patrón; si usted necesita que venga, vendrá, quiera o no

quiera.

—No. No la fuerces. Sí duda, convéncela, pero si se obstina en quedarse, la dejas. Sólo exijo que te de una contestación.

El peón abandonó el despacho y se dispuso a partir. Nino, que no había quedado muy satisfecho de la despedida que Jim le había hecho, le esperaba en el porche.

—Oye, tú, mastuerzo. ¿Quién es Empire?

—¿Empire? Un pueblo de Nevada, cerca de la frontera.

—¿Un pueblo, maldita sea Jalisco? Y yo que creí que era… bueno… ¿Y la Geografía, qué es?

El peón rio divertido y contestó intencionadamente:

—Pues la Geografía es… un gran campo de alfalfa. Creo que te conviene buscarle y pasarte allí una temporada.

Nino, rabioso, masculló:

—¿De modo que Empire está en un campo de alfalfa? Y el patrón se cree que yo conozco todos los campos de alfalfa que hay en el mundo… ¡Maldita sea la «sincrasia»!… Trae aquí, Brand; déjame que vaya yo y lo busque aunque tenga que irme comiendo toda la que hay de aquí a la frontera para no equivocarme. A mí, creo yo, no me arrumba nadie por inútil… ¡Maldita sea la Geografía esa!… La verdad es, que el patrón tiene una lista de nombrecitos, que cada vez que saca uno o así, es peor que si le colocase a uno seis tiros en la barriga.

Pero el peón, sin hacerle caso, corrió a los cobertizos a preparar sus cosas para el viaje, que emprendió una hora más tarde.

Cuando Jim terminó de poner en orden parte de los papeles, guardó éstos y bajó al porche, donde Stella aprovechando aún el poco buen tiempo que restaba, leía sentada en un banco del jardín.

Cuando vio aparecer a Texas, se levantó vivamente saliendo a su encuentro.

—¿Ha terminado ya el financiero su trabajo? —preguntó graciosamente.

—Ahora no trabajaba el financiero, sino el justiciero.

Ella palideció temiendo que algo trágico se cerniese en la tranquilidad de la hacienda y repuso:

—No me asuste, Jim. Creo que daría algunos años de mi pobre vida por verle colgar para siempre esos mortíferos «Colts». ¿No está usted harto de tanta sangre?

—Yo sí, aunque no lo crea, no nací para verdugo, pero cuando surge al paso tanto indeseable, hay que limpiar la sociedad de esa horrible lepra, o nos comerían a los buenos y a los leales. ¿No lo comprende?

—Sí, me hago cargo, pero… eso de que tenga que ser usted siempre quien cargue con el peligro…

—No soy yo solo, Stella. Hay muchos que como yo se juegan la vida a diario en esta tarea y muchos de una manera menos espectacular. Mis hazañas brillan por ser yo quien soy, pero hay otros que las realizan mayores por ser su eterno deber y nadie los da más importancia que la del deber cumplido.

—Triste deber, Jim. No puedo ver morir a tanta gente de una manera tan fulminante.

—Nacieron para eso y todo lo que han vivido fue por generosidad de la sociedad.

—Bien, ¿qué es lo que planea usted ahora?

—Nada, de momento, Stella; se lo aseguro. Al menos, mientras nuestros enemigos no den señales de vida.

—¿Cree usted que las darán?

—Estoy seguro.

—Pero, ¿aquí? ¡Sería locura!

—No creo que aquí se atrevan a entrar, pero reaparecerán en algún otro sitio que les convenga y habrá que ir a buscarles allí. Hay que acabar con esa amenaza o de lo contrario, ni su vida ni la mía estarán seguras.

Ella tembló al oír las afirmaciones de Jim y repuso:

—Pero, Vera… ¿Usted cree que ella sola…?

—No sé qué decirle. La muerte de su padre acabó de endurecer su corazón. Es una hiena.

—Pero sería terrible que usted se ensuciase con su sangre.

—No quisiera… procuré limarle los dientes y extraer de ellos el veneno. Quizá cuando muera Zenker se considere impotente y renuncie a la lucha. Le daría un margen de tranquilidad si consintiera en ello.

—Hay que intentarlo, Jim.

—Se intentará si ella quiere.

—¿Y ahora, qué?

—Ahora… acabo de hacer una gestión. Me he enterado de una

nueva canallada de Zenker que quiero remediar… ¿Usted sabía que tenía un hijo?

Stella lo miró asombrada y repuso:

—¿Un hijo? No… Pero… ¡si decía que era soltero!

—Y lo es… pero eso no ha evitado… Ha sido una mala faena que hizo a una muchacha inocente después de arruinar a los suyos. Ahora la dejó abandonada y la infeliz parece que se ve impelida a llevar una vida escabrosa para mantener a su hijo, ha amenazado a Zenker con el escándalo y quizá con algo peor si no atiende al sostenimiento de la criatura, pero no creo que ese granuja esté en situación de ocuparse de ese asunto en estos momentos.

—¡Pobre muchacha!… ¡Y, qué ruin es Zenker! Nunca fue hombre de mi agrado… ¿Qué es lo que trata usted de hacer?

—La he enviado mil dólares para los primeros gastos y la invito a venir aquí con el niño.

—¡Oh, eso me alegraría mucho! Tendría una excelente compañera y en cuanto al niño, cuidaríamos de hacerle un hombre… A mí me gustan mucho los niños… ¿Cree usted que aceptará?

—No lo sé, Stella. Yo he hecho lo posible.

—Lo sé. Usted es el hombre más bueno de la tierra. Algún día encontrará quien se gane para sí esa bondad.

—¿Usted cree?

—¿Por qué no, Jim? Así no va a vivir toda la vida. Es usted joven, bueno y rico… ¿No, habrá una mujer merecedora de su amor?

—Seguro…, pero, ¿seré yo merecedor de él?

—¿Por qué no? —preguntó ella con asombro.

—¡Ah!… El corazón es muy extraño Stella… En fin… dejemos eso ahora. De momento, entre el amor y la vida se levanta una barrera que es hacer justicia. Hagámosla y quizá algún día…

Y sin querer hablar más, le invitó a pasar al comedor pues era ya la hora de la cena.

CAPÍTULO II

MENSAJE FATAL

DOS días más tarde, la diligencia que subía por el curso del Eel hasta la frontera de Oregón, trajo en la valija una carta dirigida a Texas. Cuando éste la abrió, quedó extrañado de su contenido.

Firmaba la misiva un tal Nicholis Geissel, avecindado en Sherwood, un pueblo cercano a la costa, veinticinco millas por debajo de las posesiones de Texas, y decía así:

«Señor don Jim Texas.

»Honorable señor:

»Ha llegadla mis oídos que a impulsos de su temperamento noble y justiciero, ha emprendido usted una fiera campaña contra el que fue secretario de Claudio Spack y que está usted dispuesto a desenmascarar a ese

monstruo y acabar con sus latrocinios.

»Señor, un pobre expoliado por él, acude a usted en solicitud de ayuda. Zenker me engañó como a muchos y después de obligarme a emplear mi fortuna en unas acciones de una falsa mina de diamantes, que luego resultó no existir, no sólo me dejó sin un dólar, sino que hizo que me fuese embargada una preciosa casa que poseía cerca de San Francisco, con la cual se quedó, vendiéndola más tarde.

»Yo quedé en la más absoluta miseria en unión de un nieto impedido, que corre a mi cargo. Un día, quise matar a Zenker y éste se adelantó, dándome un tiro y haciéndome caer al mar. Quedó seguro de que yo había muerto, pero alguien me recogió casi ahogado y me devolvió a la vida.

«Quedé casi inútil de una pierna y sabiéndome en inferioridad de condiciones para luchar con él, opté por dejarle creer en mi muerte, pues de lo contrario, hubiese insistido en deshacerse de mí, ya que sabe que poseía algunos documentos muy comprometedores para él, que no logró encontrar a pesar de haber registrado mi

modesta casa de arriba abajo.

»Ahora, al enterarme de que usted está en pugna con él, he creído que un hombre de su valor e hidalguía podrá cuando menos vengarme aunque no consiga devolverme mi fortuna y por eso, acudo a usted ofreciéndole esa preciosa documentación que poseo contra él.

»De no encontrarme viejo y al cuidado de mi nieto, hubiese ido en persona a entregarle esos papeles que he conservado como un tesoro, pero estas circunstancias me impiden hacer el viaje y usted será tan comprensivo que se hará cargo de ello.

»No obstante, si usted algún día pasa por este poblado y se digna visitarme, se los entregaré con mucho gusto y aún más, le daré algunos informes que acaso le sean útiles para capturarle. Tiene varias madrigueras y si no se ha deshecho de ellas, yo conozco dos que sería difícil descubrir.

«Vivo en una cabaña fuera del poblado, junto a la costa y próximo a un pequeño bosque. Las señas no son confusas, pues al norte del pueblo es la única cabaña aislada

que hay.

»Perdóneme que le moleste solicitando esta ayuda material y si en algo puedo serle útil este anciano impedido, ya sabe dónde me tiene.

«Le saluda atentamente,

»Nicholis Geissel. «

La carta le había sido entregada a Texas, cuando regresaba de dar un paseo a caballo con Stella, y Nino esperaba en el porche para hacerse cargo de los caballos.

La joven, al observar que Jim fruncía el entrecejo, preguntó inquieta:

—¿Qué nuevas malas trae el correo, Jim?

—Personalmente ninguna, Stella, pero… es una prueba más de las canalladas de ese miserable Zenker. Lea, si quiere.

La joven leyó la carta y preguntó, curiosa:

—¿Qué piensa usted hacer?

—Voy a echar un vistazo primero a los papeles que tengo arriba. Recuerdo haber encontrado algo que aludía a este hombre. Creo que estando tan próximo a este lugar y con la advertencia de que posee documentos útiles, me acercaré un día a visitarle. Seguramente también necesitará algún auxilio.

—¿Se va a convertir usted en una sucursal de un banco para subsanar los latrocinios de ese granuja?

—Algún día se lo haré pagar caro. Un puñado de dólares más o menos no significan nada para mí y en cambio, para esos infelices…

Cuando subió a su despacho, revolvió los papeles de Zenker y en efecto encontró detalles del suceso que había dejado en la ruina al impedido.

Esto le decidió. Al día siguiente montaría a caballo y partiría para Sherwood, donde se entrevistaría con el comunicante. Aunque sabía que su contienda con Zenker sólo podía solventarse a tiros, todo documento contra él sería muy útil a la hora de disponer de

sus bienes. Cuando muy de mañana montó a caballo, Nino, que había preparado la montura, dijo:

—Bueno, manito, creo yo que debía ir contigo. Se me van a aflojar los huesos o así de andar hecho un holgazán por la hacienda.

—¿Para qué están los picos y las azadas, maldita sea todo Méjico, sino para que ejercites tus riñones?

—No, manito, eso no… Tú sabes que esa clase de trabajo me sienta mal… Tú ponme dos «Colts» en la mano y pídeme con ellos lo que quieras, ¡maldita sea Sonora!, pero eso de cavar la tierra no. Tú sabes que mi insicrasia…

—Tu vagancia, Nino. No vales ni el maíz que te comes.

—Bueno, va… Si tú te empeñas…

—No. Por esta vez pase, pero escúchame bien. Me voy a Sherwood; espero estar de regreso pasado mañana. Te confío el cuidado de la señorita Stella. Si crees que te sirve para algo esa baya vacía que tienes sobre los hombros, procura conservarla cuidando a Stella. No te advierto más.

—Qué va, bueno manito; no me repitas más la advertencia, que no soy ningún pringao, creo yo, para no saber cuál es mi obligación, ¡repinto!

Stella, alarmada, se acercó al caballo, preguntando:

—¿Está usted seguro de que no correrá ningún peligro yendo a ese poblado?

—No es posible Stella. ¡Si está casi a las puertas de mi hacienda!

—Bien; me alegraré que todo marche en orden. ¡Adiós, Jim, y que tenga usted suerte!

Texas atravesó su extensa hacienda y salió a la costa siguiendo por el arenal que bordeaba el mar. El tiempo se mostraba aún espléndido y aquello resultaba para él un paseo agradable.

Era media tarde cuando daba vista a Sherwood, un poblado de pescadores y taladores de árboles que se asentaba a un cuarto de milla de los acantilados. El vecindario era de unos doscientos vecinos que se pasaban el día o en el mar o en los bosques cercanos.

Jim buscó la choza descrita en la carta y no tardó en descubrirla. Como le indicaba, era la única existente fuera del poblado y se trataba de una construcción bastante amplia, con una pequeña cerca de adobe seco al sol y una corraliza a la espalda.

En la puerta, sentado sobre un gran pedrusco que servía de

banco, descubrió a un individuo de unos cincuenta y cinco años, vestido al modo de los pescadores y con la cabeza resguardada de los rayos del sol por un viejo y amplio sombrero de anchísimas alas, que casi le velaba el rostro.

El individuo tenía los ojos fijos en la cinta costera de arena que venía del Norte y esto le llevó a descubrir a Texas que avanzaba a caballo con dirección a la choza.

Pero a pesar de darse cuenta de que se dirigía allí, no se movió de su asiento ni hizo gesto alguno que denunciase que le conocía.

Jim detuvo el caballo junto al viejo y exclamó:

—Buenas tardes, señor.

—Buenas las tenga, señor. ¿En qué puedo servirle?

—¿Es esta la cabaña de Nicholis Geissel?

—Esta es forastero. Yo soy Nicholis.

Jim le examinó intensamente, pero nada descubrió en su tostado rostro recubierto de largas barbas, que le hiciese sospechar de él.

Desmontó y arrojando las bridas sobre el cuello de «Huracán», dijo:

—Yo soy el capitán Jim Texas.

Nicholis se levantó rápidamente, aunque pareció quedar un poco encorvado y exclamó, confuso:

—¡Oh, señor!, perdón… yo… yo no le conocía y… no supuse que usted me honrase con… con su presencia tan pronto. Es para mí un gran honor que usted…

—Excúsese los cumplidos señor. No ha sido ninguna molestia para mí acudir a su llamamiento. Treinta millas por la costa es un paseo muy agradable.

—¡Oh, es usted muy bueno!… No creí que… que se daría tanta prisa y… en fin, caballero Texas, si quiere usted honrarme pasando a mi modesta choza podemos hablar ahí dentro. Verá usted a mi pobre nieto impedido y…

—Bien, pasemos. Tendré mucho gusto en verle y en hacer por usted lo que esté en mi mano.

—Pues haga el favor de seguirme…

Nicholis se adelantó por el estrecho y oscuro pasillo, encaminándose hacia el fondo, donde se descubría una puerta cerrada. A los dos lados del pasillo otras dos puertas conducían a las dos habitaciones que formaban ambas alas de la construcción.

Nicholis, arrastrando su pierna derecha, se adelantó un poco, exclamando:

—¡Jerry! ¡Jerry!… Hijo mío… allá voy…

Y asiendo un taco de madera que oficiaba de tirador en la puerta, la empujó suavemente, al tiempo que apartándose a un lado, invitó a Jim:

—Pase, capitán… Mi pobre nieto se alegrará mucho al verle…

Jim se adelantó y pasando ante él, penetró en la estancia. Pero apenas había dado un paso en el interior, Nicholis tiró hacia fuera del tosco pasador y cerró, quedando en el pasillo.

Cuando Jim quiso darse cuenta de la maniobra, era tarde. Zenker, con cinco individuos armados de impresionantes revólveres, le rodeaban de modo amenazador y aunque Jim llevó velozmente la mano a su cintura, desistió de intentar sacar un arma, pues sabía que no le darían tiempo a ello.

Mientras no provocase una acción violenta, podría vivir y en tanto que conservase la vida, podía encontrar un medio de burlar la burda y trágica celada que tan diestramente le habían tendido.

Zenker, apuntándole al pecho desde el fondo de la habitación y sonriendo de una manera siniestra, exclamó:

—Buenas tardes capitán Texas… Es usted el colmo de la amabilidad y de la candidez, mordiendo los anzuelos. Nunca creía que se diese usted tanta prisa a picar en éste.

Jim, con los rasgos de su rostro convertidos en granito, no contestó. Se estaba insultando interiormente de un modo atroz al darse cuenta de la razón que Zenker tenía para recriminarle su buena fe.

El secretario de Spack le contemplaba ávidamente, esperando sus reacciones, pero como Jim pareciese no darse cuenta del peligro que corría, añadió:

—Estaría usted muy satisfecho de su éxito allá en la mina. Fué usted muy hábil y temerario y me hizo pasar momentos terribles, pero todos no reímos en un día. Yo conseguí evadirme de sus trampas y usted ha caído inocentemente en las mías.

»Sabía que picaría usted en ésta, porque le serviría para ello mi preciosa documentación. Nicholis Geissel existió, claro que existió, pero murió ahogado el infeliz y yo le he resucitado para que su podrida carne le sirviera de cebo. Es el que se puede echar a las

fieras para que piquen más a gusto.

Texas le escuchaba, pero sus ojos giraban astutamente alrededor. Estaba estudiando el lugar, la posición de cada hombre, su actitud, en espera de la más mínima ocasión aprovechable para intentar la huida y Zenker, adivinándolo, se dirigió a sus hombres que rodeaban al prisionero y ordenó:

—Desarmarle… No os pongáis delante de él para hacerlo. Dejarme que yo le vigile por si intenta algo.

Los dos rufianes que tenía a derecha e izquierda, le arrebataron los revólveres de un tirón. Ya más tranquilo, Zenker continuó:

—Bien: ahora que estará menos preocupado libre de ese peso, hablaremos un poco. Tengo reservadas para usted varias sorpresas muy amargas, tan amargas, que alguna le demostrará que es usted tonto, aunque presuma de hombre excepcional.

»Tenemos que tratar de muchas cosas, capitán. Usted nos ha destrozado la vida, nos ha puesto en situación apurada, nos ha hecho perder mucho dinero y nos ha quitado cosas de gran valor. Todo eso tendrá que devolverlo usted con creces y algunas cosas más de las que hablaremos antes de la solución final, la cual habrá adivinado. Se ha escurrido de nuestras manos varias veces, pero esta no sucederá así. Estamos en un lugar aislado, tengo hombres suficientes para su custodia, y el mar está a dos pasos. Así murió Nicholis y así puede morir usted.

Luego haciendo señas a sus hombres que esperaban impasibles sus órdenes, dijo:

—Colocarle esas preciosas esposas de acero que he traído. Las cuerdas no me merecen garantía de ninguna especie. Las manos aprisionárselas a la espalda. Es más difícil poder hacer uso de ellas.

Texas sintió como si le hubiesen aplicado hierros candentes al rostro al oír la orden. Jamás se había visto ultrajado y denigrado de semejante manera y su orgullo de hombre bravo y militar invencible, no podía permitir semejante humillación.

Apretó con rabia los dientes, tensionó sus músculos como si fueran cuerdas de acero y esperó.

Cuando dos de sus guardianes enfundaron los revólveres, extrajeron de sus bolsillos las esposas y se acercaron a él, tratando de tomarle por los brazos, Texas, de una manera fulminante e inesperada, proyectó sus formidables puños a derecha e izquierda y

los dos rufianes alcanzados en pleno rostro salieron despedidos hacia atrás, emitiendo dos terribles gruñidos de intenso dolor.

Inmediatamente se revolvió tratando de alcanzar la puerta, pero los otros cuatro rufianes secundados por Zenker, que no era un enemigo despreciable, se arrojaron sobre él, cortándole el paso y una pelea feroz se entabló en el estrecho recinto.

Texas esperaba de un momento a otro oír tronar algún revólver, pero Zenker debía haber dado instrucciones respecto al uso de las armas, porque los que las conservaban en la mano se limitaban a tratar de emplearlas con él a modo de maza, pero no disparando.

Este detalle le acabó de envalentonar. Si se abstenían de disparar sobre él pelearía hasta el último límite y ya se vería quién poseía más fuerzas para golpear y más aguante para recibir.

Pero Zenker no se había rodeado de hombres de manteca. Todos eran grandes, fuertes, duros de puños y de carnes y aunque recibían terribles impactos de sus poderosos puños, sabían acusar los golpes y devolverlos con la misma saña.

Texas pugnaba por ensanchar el estrecho círculo que le aprisionaba dificultando sus movimientos y cerrándole toda posibilidad de alcanzar la puerta y sus enemigos, por el contrario, trataban de asfixiar sus temibles flexiones de brazo y no permitirle acercarse a la salida.

La mayor furia de Texas iba dedicada a Zenker. Le buscaba con un afán terrible de deshacerle el rostro a puñetazos, pero el astuto secretario si bien no se mostraba cobarde en la pelea, lo que hacía era ayudar a sus hombres girando continuamente para cubrir los huecos que en la movilidad de la lucha éstos pudieran abrir en favor de sus enemigos.



Más a pesar de la superioridad numérica, la peor parte en la lucha la acusaban los rufianes. Todos sangraban terriblemente o mostraban los negros cardenales de los golpes recibidos sin que por eso Texas dejase de sentir sobre sus carnes las terribles caricias de aquella horda peleadora.

Jim resoplaba terriblemente a causa del esfuerzo que estaba realizando. Se daba cuenta de que a pesar de su fortaleza, no podría sostenerlo mucho tiempo y si aflojaba, caería vencido sin remisión.

Por ello, apeló a todos los trucos imaginables para deshacerse de tan pegajosos enemigos y los golpes bajos al vientre, las patadas terribles como mazazos, todo lo que podía emplear para la defensa y el ataque, lo empleaba con el afán ansioso de poner fin a aquella pugna trágica y desigual.

Uno de sus atacantes, con una pierna partida a causa de un terrible puntapié en la tibia, se dejó caer a tierra lanzando alaridos terribles, y otro, con la boca destrozada, vaciló, pues el dolor le impedía moverse con soltura.

Zenker, comprendiendo que la cosa se ponía sombría para él, no vaciló más. Aprovechando un descuido de Jim que pugnaba por abatir al resto de sus enemigos se lanzó sobre él por la espaló, con el revólver empuñado por el cañón, y, con fuerza brutal y rabiosa lo dejó caer sobre su cráneo.

Fué un golpe sordo lacerante que inmovilizó a Texas, haciéndole vacilar un momento. Luego, perdió la noción de la realidad y como

un saco desinflado, cayó a tierra, manando abundante sangre por el lugar de la herida.

Zenker respiró ansiosamente y contempló a sus hombres. Éstos estaban destrozados a causa de las terribles caricias recibidas y dirigiéndose a ellos, gritó:

—Creí que erais más duros… Seis contra él y ha estado a punto de derrotaros a todos…

Uno de los que quedaban en pie menos averiado, gruñó:

—¡Es duro como una roca, maldito sea su corazón! Usted no nos advirtió que se trataba del hombre que tiene los puños más duros de todo el Oeste.

—Os advertí que era el hombre más peligroso de América. Con eso no hacía falta detallar.

Luego, tomando las esposas que habían caído al suelo ordenó:

—Volverle de espaldas y doblar sus brazos hacia atrás. Bien… ya está… Ahora, colocarle ésas en los pies. Espero que ahora no os causará tanto pánico cuando vuelva en sí de su desmayo.

Zenker, sin hacer caso de la sangre que manaba de la herida de Texas, agregó:

—Llevarle a aquel rincón y vigiladle bien. Yo volveré dentro de un rato.

Y abandonó la cabaña para dirigirse al poblado.

CAPÍTULO III

En poder de Vera

ERA noche bien cerrada cuando Texas recobró el conocimiento. En el interior de la sucia estancia, lucía una vela de sebo expandiendo una claridad lúgubre y mortecina y las sombras parecían apropiarse de la débil llama, de la vela, haciendo más sombrío el ambiente.

Texas gimió, angustiado. Sentía un terrible dolor en la cabeza y un ruido sordo y profundo que iba y venía por sus sienes. Era algo parecido al bravo rumor de las olas azotando fieramente en el interior de su cerebro. Se incorporó como pudo, quedando sentado en el piso…

Sus ojos, nublados no le permitían distinguir lo que le rodeaba, aparte de las sombras reinantes.

Poco a poco se fue recobrando. Su recia y asombrosa naturaleza le permitía soportar trances como aquel que hubiesen abatido para siempre a hombres al parecer más robustos.

Por fin consiguió ver algo. Los pocos muebles de la habitación—una tosca mesa y dos banquetas—aparecían destrozados. Sobre los restos de lo que fue mesa, se erguía la vacilante vela.

Jim descubrió en un rincón de la estancia a un individuo de pie,

fumando y con el revólver empuñado. Esta vez no descuidaban precaución alguna y Texas, recordando lentamente todo lo sucedido, se dijo que en la ocasión presente, poco o nada podía intentar ya, para librarse de la triste suerte que le esperaba.

Su guardián se dio cuenta de su vuelta a la vida y abriendo la puerta lanzó un grito de aviso.

Texas miró con curiosidad a través del vano. Poco después, por el pasillo brilló una luz más viva—la de un quinqué de petróleo—y una figura femenina avanzó.

La luz dejaba atrás, en sombras, las facciones de ella, pero Jim adivinó que se trataba de Vera.

En efecto poco después, la hija del financiero penetraba en la estancia. Jim observó que se hallaba muy pálida y con los ojos muy brillantes.

La joven dejó el quinqué sobre el trozo de mesa y su luz iluminó más ampliamente la estancia. Ello le permitió descubrir el destrozo que habían sufrido las ropas de Texas, así como las manchas de sangre que ensuciaban sus harapos y parte de su rostro y cabeza.

Vera se estremeció involuntariamente y luego, dirigiéndose al guardia ordenó con voz cansada:

—Moje un trapo en agua y límpiele esa cara. Aplíquele otro en la cabeza. Este hombre deberá o no deberá morir, pero no puedo soportar su aspecto.

Mientras el guardián obedecía, Texas sonrió con un humorismo dramático. La compasión de Vera solamente era cuestión de estética.

Lavada su sangre y con una compresa en la cabeza que le alivió bastante debido a la frescura del agua, ella se quedó mirándole fijamente y luego exclamó:

—Supongo que le habrá producido bastante sorpresa esta situación, capitán Texas.

—¡Bah! Mis reacciones personales no cuentan —dijo él—. En la vida cambian las situaciones.

—Así es. Ayer éramos nosotros los que sentíamos la angustia de momentos trágicos, hoy es usted. Alguna vez tenía que terminar esta pugna.

—Es cierto y contra toda lógica humana, debe terminarse con el triunfo de los malos sobre los buenos.

—Eso va en criterios. Al menos, terminará con el triunfo de los que hemos sido más hábiles y astutos.

—Bien, no tengo nada que poder oponer. Espero que no creerá que voy a romper a llorar como lo haría usted.

Ella excusó la alusión replicando:

—¿Qué sabe usted de lo que soy yo capaz en el último momento de mi vida? ¿Me ha visto llorar alguna vez?

—No; supongo que no lo habrá hecho por coquetería las mujeres cuando lloran no tienen término medio; o nos parecen sublimes o monstruosas.

—Yo le parecería a usted lo segundo, ¿no es así?

—Tal es mi sospecha.

Vera, dejando salir a sus labios algo que no se sentía con fuerzas para ocultar, preguntó con voz temblona:

—Supongo que no habrá pensado igual viendo llorar a mi casta prima Stella.

Texas sintió una angustia muy honda al serle recordada la joven y repuso:

—Estábamos hablando de usted.

—Ya, le duele que le recuerden ciertas cosas que ya van a ser imposibles en lo sucesivo. Lamento que la pobre vaya a quedar viuda antes de gozar la dicha de verse casada.

Jim sintió una rabia enorme al oírla hablar así y creyendo que le devolvería la mortificación, repuso:

—En cambio usted, será eternamente dichosa casándose con Zenker. Creo que ese premio lo alcanzará a costa de mi preciosa vida.

—Así es, señor Texas. Espero ser muy feliz con él.

—Lo merece. Aparte de ser un monstruo según mi punto de vista, es un hombre leal con las mujeres. Jamás amó a ninguna otra más que a usted y… lo que me gustaría saber antes de morir, es lo que piensa hacer usted con el hijo que tiene.

Vera se envaró al oírle y revolviéndose gritó:

—¿Qué está usted diciendo?

—Nada… Creí que lo sabía usted. No tiene importancia.

Ella, dolida, afirmó:

—Si cree que levantándole viles calumnias va a conseguir vengarse se equivoca.

—Bueno. Allá usted. Pero puedo darle el nombre de la infeliz que como usted, creyó en él. Se llama Daphne Rutherford. No le digo donde habita, por si a la amargura de haberse visto arruinada y vejada por él, tiene que añadir el sufrir alguna humillación de su parte.

Vera rabiosa al comprender que hablaba en serio, rugió:

—¡Miente usted! ¡Es un miserable embustero!

—Si así lo cree… nada, pero, si, duda, haga alguna gestión. Pregúntele por Daphne a ver qué cara pone. Es un santo el pobre y a lo mejor, asegura que no conoce a esa desgraciada.

Vera estaba sintiendo un horrible dolor en el pecho al oír las ironías de Texas. Adivinaba que éste le estaba diciendo la verdad y aunque no amaba ni podía amar a Zenker, sentía ahora contra él un odio más reconcentrado, pues su orgullo no admitía, verse tratada en semejante plano. Sabía a Zenker un malvado, pero había sentido compasión de él al creerle sinceramente enamorado de ella, pero ahora al creerle un comediante capaz de juzgarla como a una cualquiera de las muchas que se habían cruzado en su camino, su repulsión hacia el astuto y ambicioso secretario crecía enormemente. Rehaciéndose, exclamó:

—Está usted muy enterado de los secretos amorosos de Zenker.

—Sí; él me facilitó una bonita información. Si le entregase a usted como regalo de boda el paquete de cartas que descubrí en su hotel, se moría usted de felicidad el día del enlace.

Ella mostrándose fuerte, gritó:

—No lo necesito, ni tendrá usted ocasión de ello. Jamás me casaré con Zenker, pero si así fuese… usted no sería un testigo de ello.

—Lo supongo. La presencia de usted aquí es significativa. Ha venido usted a darme el último adiós.

—Así es, capitán Texas. Usted se lo ha buscado.

—Bien, ¿qué le vamos a hacer? Me queda un consuelo.

—¿Cuál?

—El de que ustedes seguirán no tardando mucho mi mismo camino. No me supondrán ustedes tan tonto que en una lucha como esta, haya dejado de pensar en una contingencia semejante. No desdeñaba el poder caer, pero he dejado todo listo para que sigan ustedes mi ruta. Se les olvida a ustedes que estoy protegido por los

altos poderes y que si estos no han intervenido de modo rotundo es porque yo no he querido. Ayer salí de mi hacienda. Quedan allí mil hombres que me adoran. Si pasado mañana no estoy de vuelta, saben dónde deben buscarme. La carta de Zenker tendiéndome la celada la conocen varias personas que tienen orden de actuar pasado ese plazo. Me parece que América va a resultar un tubo muy estrecho para que se muevan ustedes en él si yo caigo.

Vera perdía el color a medida que Jim hablaba. No sabía si lo que estaba diciendo era cierto, pero poseía muchos visos de realidad. Era un personaje tan popular y mimado, que su falta sería echada de menos y si todo el aparato gubernamental se ponía en movimiento contra ellos, las amenazas de Jim no eran infundadas.

Pero Vera no queriendo dar a conocer sus temores a su enemigo, repuso fríamente:

—¿Olvida usted que hay quién por ver ciego a su contrario es capaz de perder un ojo? No somos tontos para no saber movernos y usted puede dar fe de ello. Usted morirá y cuando quieran actuar contra nosotros, que averigüen dónde estamos.

—Bien; eso el tiempo lo dirá. ¿Debo ponerme ya a bien con Dios o aún tengo algunas horas de vida?

—Me temo que sí —dijo ella rabiosa— su vida es poco para nosotros. Antes tendrá usted que hacer ciertas restituciones.

—Sospecho que así atado, no me será fácil.

—Eso ya lo discutirá usted con quien tiene poder para ello.

—¡Ah, sí; con su adorado tormento! No es tonto; no sólo ha sabido captarse su amor que es tanto como apropiarse de los millones de su difunto padre, sino que ha heredado el mando. Usted sólo es su esclava sumisa por partida doble.

Vera flagelada en su orgullo, se revolvió gritando:

—¡De eso ya hablaremos! Le advirtieron a usted que le reservaban algunas sorpresas y una va a ser la de mostrarle que es usted tonto… Capitán Texas, le esperan a usted muchas horas de prueba.

Y sin querer tratar más con él desapareció de la estancia donde quedó de vigilante el rufián que velaba junto a la puerta.

Texas se quedó ponderando las palabras de Vera. La temía demasiado aunque trataba de ocultarlo, para no tomar en consideración sus amenazas, pero por más que hacía trabajar su

cerebro, no suponía qué clase de sorpresas eran las que ésta le reservaba.

Pasó una noche horrible, no sólo por el dolor intenso que sentía en la cabeza, sino por la tensión de músculos y la postura violenta que tenía. Para dulcificarla, se tendió en la tierra que servía de piso y, era tal el cansancio que le dominaba, que se quedó dormido.

Entraba el sol por la estrecha ventana del fondo de la estancia, cuando despertó. Sus dolores eran aún más intensos y estaba deseando que tomasen con él una decisión por trágica que fuese, antes que seguir sufriendo aquel lento martirio.

Poco más tarde, la puerta se abrió y la antipática silueta de Zenker apareció en la estancia.

Por la siniestra sonrisa que florecía en sus labios Texas adivinó que venía a resolver sus fatídicos planes.

—Buenos días, capitán —dijo humorístico— supongo que habrá descansado usted bien en este bello palacio. Quizá el lecho no sea tan suave como el de su opulenta hacienda, pero…

Como observara que Jim le miraba con desprecio, se enfureció y continuó:

—Está usted presumiendo demasiado de valeroso y me parece que voy a terminar con su orgullo… Ayer le prometí a usted algunas sorpresas y hoy vengo a dárselas. Prepárese, que le voy a presentar a la persona con quien menos supondrá usted tropezarse en este mundo.

Se asomó a la puerta, e hizo un gesto expresivo con la mano. Alguien avanzó y Texas ansiosamente clavó los ojos en la puerta.

La afirmación de Zenker no se vio desmentida. Texas abrió los ojos con inaudito asombro y plegó los labios en una mueca indefinible, al descubrir frente a él a Claudio Spack, el financiero. De no haberle conocido muy bien, hubiese creído que todo aquello era una farsa preparada hábilmente para impresionarle. Spack, pálido, pero con los labios contraídos por el odio, se quedó contemplándole desde el vano de la puerta y por fin, con voz cascada, exclamó:

—Capitán Texas, supongo que ahora habrá perdido toda esperanza de salvación después de enfrentarse conmigo. La cuenta de aquel día en Texas, cuando me colgó usted del árbol, está por liquidar y se liquidará cumplidamente.

Jim, incapaz de pronunciar palabra, le miraba con ojos desorbitados, sin atreverse a creer en lo que veía. Le parecía imposible que fuese cierta la presencia del millonario, cuando él estaba seguro de que le había dejado pendiente de la cuerda la trágica noche de su encuentro decisivo:

Spack adivinando su pensamiento, afirmó:

—¿Le parece un sueño? Lo es, aunque algo trágico, pero no crea en milagros. Es usted demasiado atolondrado en sus decisiones. Es cierto que me colgó del árbol, pero le daba tanto miedo verme morir, que huyó rápidamente y esa fue su desgracia. Mi fiel amigo Zenker que acechaba a varios pasos, tuvo tiempo de saltar, cortar la cuerda y devolverme a la vida. Desde entonces, estoy buscando la ocasión de cobrarme su hazaña y por fin la suerte se ha inclinado de mi lado. Supongo que ya no le quedará duda de que mi venganza será terrible.

Texas nada dijo, ¿para qué? Sabía que había llegado su última hora y lo único que le preocupaba era no mostrarse cobarde a los ojos de sus enemigos.

Spack le miró fríamente y dijo:

—¿No tiene usted nada que decir?

—Sí; solamente una cosa. Si la suerte se volviese de mi parte y algún otro día consiguiese tenerle en mis manos, le juro que esta escena no se repetiría de nuevo.

—Bien, para que no suceda seré yo el que no de margen a ello. Vengo a decirle que su muerte está decretada, pero antes me debe usted varias restituciones. Una es mi sobrina Stella, la otra su mina, y la tercera una indemnización de dos millones de dólares por los gastos que me ha obligado a hacer.

—Y después colgarme, ¿no es eso? —preguntó irónico Jim.

—Y después colgarle.

—Pues empiece por ahí. Lo demás huelga.

—Está usted equivocado. No acabaré con su vida hasta que me devuelva todo eso y le advierto que la demora va a ser terrible para usted. Mientras no ponga en mis manos lo que le pido, le tendré a usted aquí encerrado en esa postura. No pondré a su alcance más que comidas terriblemente saladas, sin dejarle probar el agua. Cuando el hambre le atormente, comerá lo que tenga al alcance y la sed le abrasará y cuando la sed le abrase, cederá o se morirá rabioso

como un perro.

Texas se dio cuenta del suplicio refinado a que le iban a condenar. Ya estaba sufriendo el tormento de la sed y sabía lo que era padecerla con intensidad, pero estaba dispuesto a todo antes que ceder.

Por otra parte confiaba en Nino. Había advertido que solamente tardaría tres días en regresar y si pasado ese tiempo no volvía, estaba seguro de que el fiel mejicano, aunque no era un pozo de sabiduría y de iniciativas, se decidiría a hacer algo para localizarle.

Si así era, aún podían suceder muchas cosas, aunque tres días o más sufriendo aquel terrible tormento, eran muchos días y hacía falta poseer un temple de acero para soportarlo.

Pero él era un hombre excepcional, que había pasado por pruebas muy duras en la vida y estaba dispuesto a soportar la que le proponían.

—¡No cederé! —repuso sencillamente.

—Está bien. Queda mucho tiempo para hablar. Zenker; cuídese de que sea bien vigilado y de que nadie le acerque a los labios una sola gota de agua. Pudiera suceder que se dejase morir antes de ceder y yo no soy hombre que confía las cosas al azar. Necesito a mi sobrina y voy a aprovechar estas horas para adueñarme de ella. No estando allí el cerebro conductor, la cosa no es difícil. Quiero atacarle en su propia guarida como él me atacó a mí en la mía.

Ambos abandonaron la estancia dejando a Texas angustiado, no precisamente por su trágica situación, sino por el peligro que podía correr Stella. Su vida nada significaba al lado de la de la joven y aunque seguramente aquellos monstruos no habían calculado los efectos de su ataque, era indudable que habían encontrado sin querer su punto flaco y que le iban a hacer pasar horas de horroroso tormento.

Faltando él de la hacienda, ¿qué podía suceder? Nino era un tigre en lucha abierta, pero carecía de ingenio y de sagacidad; era un ser infantil a quien no resultaba difícil burlar con astucia y aquella gente poseía maldad para llevar a término los más absurdos planes.

Pero él no debía consentir que la joven cayese en sus manos mientras tuviese un resto de aliento. Nada podía intentar en aquella fiera situación y sin embargo, algo tenía qué hacer para librarse de

su negro destino y para salvar a la joven de caer en las garras de semejantes monstruos.

CAPÍTULO IV

Vera declara su amor

PASARON las horas angustiosamente sin que la situación variase en nada. Nadie aparecía por la estancia y el sol iba cayendo poco a poco, llenando la habitación de sombras como la noche anterior.

Vera no había vuelto a dar señales de vida. Indudablemente de acuerdo con su padre y con Zenker, estaba decidida a secundar sus planes y se desentendía de él, a quien debía odiar con toda su alma.

Al llegar la noche, desde su prisión captó el rumor agrio de una discusión. En ella intervenía Spack, Vera y Zenker —los reconoció por el timbre de sus voces— pero no pudo saber qué motivaba aquel desacuerdo. Más tarde, los gritos cesaron y ya no volvió a oír nada nuevo.

Era mediada la noche. Jim atormentado por el hambre y la sed que ya empezaban a arañarle como un tigre, no conseguía conciliar el sueño y velaba medio febril, contando los interminables minutos de la negra noche.

De súbito se abrió la puerta y a la luz de una vela distinguió la antipática figura de Zenker seguido de dos de los rufianes con quienes peleara el día anterior.

Zenker dejó la vela sobre los restos de la destrozada mesa y a media voz, como si temiese ser oído, se dirigió a sus dos secuaces ordenando:

—Taparle la boca, sacarle fuera y arrojarle desde los cantiles al mar. Con las esposas puestas, no hay miedo de que pueda nadar y subir a flote.

Texas elevó los ojos al techo de la cabaña y en sus labios brotó una breve oración. El fin de sus días había llegado y nada podía hacer para detenerlo.

Los dos rufianes avanzaron hacia él dispuestos a cumplir la orden, pero en aquel momento, una voz —la de Vera— restalló en el vano de la puerta gritando:

—¡Quietos! ¡Al primero que toque a ese hombre le clavo un tiro en la cabeza!

Zenker se revolvió como un áspid al oír el grito y trató de adelantarse a la muchacha, pero ésta con fiereza, ordenó:

—No avance, Zenker, no avance, o usted será el primero que caiga. Le dije a usted antes que me oponía a sus proyectos y usted, sin la anuencia de mi padre y mía, se ha extralimitado a obrar por su propia cuenta. Se olvida usted de que aquí quien manda somos nosotros y sentiré tener que recordárselo de otra forma.

Su situación era humillante. Le estaban tratando como a un criado delante de su terrible enemigo y de una pareja de seres serviles y no podía consentirlo. Rabioso se volvió a ella diciendo:

—Este asunto es tan mío como de su padre. Mi deuda con ese hombre es mayor que la de usted.

—A usted todavía no le han dejado colgado de un árbol como a mi padre —repuso ella fríamente.

—Pero yo le salvé de la muerte.

—Y él le ha pagado con creces, la voz cantante es la nuestra. Hemos votado por mayoría un plan de batalla y usted debe aceptarlo.

—¿Y si me negara a ello? —preguntó con fiereza Zenker.

—Tendría que habérselas con mi padre y conmigo.

—Su padre no está y usted…

—De eso trata usted de aprovecharse cobardemente. Sabe que él ha ido a exponerse para llevar adelante una parte de nuestro plan y obra como si fuera el jefe… Aquí no hay más jefe que mi padre y no

estando él, yo le represento.

Zenker se encontraba en una disyuntiva terrible. Por vez primera, se enfrentaba con la joven por la que tantas cosas peligrosas había intentado y se estaba dando cuenta de que por aquel camino, en lugar de acabar por captarse su amor, lo que haría era levantar una barrera difícil de saltar.

Cambiando de táctica se decidió a suplicar:

—¡Vera, por Dios! Usted sabe que todo lo hago por usted y por su amor. No quiero verla en peligro nuevamente. Hay que suprimir a este hombre que es nuestra sombra negra. Precisamente porque amo a usted con toda mi alma quiero…

Ella rabiosa por tener que escuchar semejantes frases delante de Texas, estalló como un barril de pólvora y rugió:

—¿Qué me ama con toda su alma? No sea usted más ruin y rastrero que en realidad es, Zenker. Usted es un egoísta terrible, que sólo busca su medro sin reparar en medios. El amor de la hija del millonario Spack, sería para usted no sólo colocarle en una esfera a la que no tiene derecho, sino apropiarse de mis millones y para conseguirlo, apela usted al arma innoble que es mentir un amor. ¿Acaso ha llegado usted a suponer que yo soy un tirada como esa infeliz de Daphne Rutherford a quien mintió usted un amor igual, para dejarla arruinada y en la miseria con un fruto de sus diversiones?

Zenker como si hubiese recibido una terrible bofetada en las mejillas, perdió en ellas el color, para después dejar afluir la sangre a borbotones y rechinando los dientes con furor, rugió:

—¿Quién le ha contado a usted eso? ¿Quién? ¡Necesito saberlo!

Pese al dramatismo de la situación, Texas no pudo por menos de soltar una sonora carcajada al descubrir la ira de su enemigo. El dardo que había lanzado al pecho de Vera, ésta se lo arrancaba devolviéndoselo al falaz secretario y éste, con menos aguante, acusaba el zarpazo dejando estallar todo el furor que el descubrimiento le producía.

Vera, pálida pero firme, repuso:

—Quien lo sabía. ¿Acaso cree usted que todo lo malo que se hace en el mundo se puede tapar con un poco de tierra?

Zenker fuera de sí y obsesionado con aquel áspero reproche que parecía tirar por tierra todas sus ilusiones volvió a gritar:

—¡Necesito saber quién le ha contado a usted eso!… Necesito saberlo, para arrancarle el corazón.

—No lo sabrá usted por mí nunca. En lugar de lanzar esas necias amenazas contra quien me ha informado piadosamente, debía cuidar de no venir con engaños a quién le ha sacado a usted del barro para colocarle donde no merecía. ¿Quién hubiese sido usted sin la protección de mi padre?

—¿Y quién él si yo no hubiese dado siempre la cara corriendo con todos los peligros? Cualquiera diría que me está hablando un santo.

—No, un santo no, pero le habla una mujer. Yo era algo aparte y usted ha querido tratarme como al último despojo humano de su vida.

—Eso no es cierto —clamó él desesperado—. Le han contado a usted una mentira. Daphne era una cualquiera. Lo era antes de conocerla yo. Ese muchacho puede ser de los infinitos amoríos que tuvo antes y después. Quién le ha informado a usted, lo hizo sólo para desacreditarme a sus ojos. Si fue un hombre, quizá pensó que desbancándome a mí podría conseguir lo que yo con tanto anhelo pretendía.

Vera sin darse cuenta de la presencia de Texas, animada por la exaltación encendida en su pecho gritó, angustiada:

—¡Ojalá hubiese sido así, pero… ese hombre… ese hombre no podría amarme en su vida!

Texas sufrió una sacudida terrible al oírla. El acento de pasión y de desesperación que Vera había puesto en sus frases, fueron una terrible revelación para él y si el odio de Vera le inspiraba miedo, un posible amor suyo le causaba consternación.

Zenker quedó un momento tenso, como ponderando el sentido de la lamentación de ella y hombre agudo, pareció adivinar las reacciones de Vera, porque estallando en ira, rugió:

—¡Oh, ya sé!… ¡Ya sé quién ha vertido a su oído esa insidia!… ha sido este tipo odioso y usted, usted… ¡le ama!

Vera lanzó un grito angustioso al verse descubierta ante Texas y Zenker rabioso, llevó la mano al bolsillo para sacar el revólver y disparar sobre Texas.

Vera adivinó lo que iba a suceder e impulsada por un sentimiento que no se detuvo a analizar, apretó el gatillo,

disparando contra Zenker.

Este recibió el tiro en el brazo cuando sacaba el revólver y se vio obligado a dejar caer el arma lanzando un rugido de dolor, pero el movimiento que inició para lanzarse sobre Vera, quedó cortado ante su revólver humeante.

—¡Traidora cochina! —Barboteó—. ¡Merecería que la pulverizase por imbécil!

Ella pálida y desencajada, le miró de un modo homicida y gritó:

—Es usted el animal peor intencionado del mundo y el más vanidoso de él. Me ha insultado usted adjudicándome sentimientos que no poseo y que aunque los poseyese, se salían de su jurisdicción y ha osado arrogarse poderes que no posee. Quiero hacerle ver cuál es su puesto en nuestra organización. Usted es el secretario de mi padre nada más y si esto no le satisface, puede renunciar al cargo y maniobrar por su propia cuenta, bien entendido que nada ganará con amenazas idiotas contra nosotros. Para denunciar, tiene usted que denunciarse antes y su conciencia tiene tanto de qué acusarse que le dará miedo.

»Y ahora, haga el favor de salir de aquí. Le prohíbo que aparezca por esta cabaña hasta que mi padre haya regresado. Cuando él vuelva, discutiremos el asunto y si cree que la razón es de usted, por mi parte no seré un estorbo; me separaré de la sociedad y obraré por mi propia cuenta.

Zenker con la mano agarrotada sobre el brazo para contener la salida de la sangre, miró de modo ominoso a los dos rufianes que habían asistido impasibles a la escena y loco de furor, rugió:

—¿Qué hacéis ahí, imbéciles? ¿Por qué no la desarmáis? ¿No os pago para eso?

Vera rio diciendo:

—Está usted equivocado, soy yo quién les paga. Por eso escogí entre todos, los que sabía que me eran leales. No es a usted a quién obedecen, sino a mi padre. Acepte su fracaso y váyase, Zenker, me está revolviendo el estómago con su presencia.

El secretario próximo a la locura, abandonó como un torbellino la estancia y Vera dirigiéndose a sus hombres, ordenó:

—Podéis salir y vigilar fuera. No le dejéis volver hasta que mi padre o yo lo autoricemos. Hacedle volver atrás aunque sea a tiros.

Los dos rufianes obedecieron y Vera, guardando en el bolsillo de

su chaqueta el revólver, se apoyó medio desfallecida contra los restos de la mesa.

Al rojizo resplandor de la vela, Texas pudo apreciar su palidez, el cansancio que se reflejaba en su rostro, las huellas de la tensión nerviosa que le había mantenido en aquella posición durante toda la dramática escena y adivinó que había quedado tan destrozada, que su recuperación debía costarle un esfuerzo sobrehumano.

Texas, hombre bueno y leal acababa de sentir una honda transformación de sus sentimientos hacia ella. Lo que hasta entonces constituía odio, se convirtió de un modo sensible en piedad. Se daba cuenta de que era una mujer, con un temperamento femenino pese a su educación salvaje y enérgica y como mujer, sus reacciones estaban supeditadas al corazón más que al cerebro. La fatalidad había hecho que se enamorara de él y este íntimo sentimiento había salvado su vida por el momento, pero, ¿y después? Ella sabía que era imposible aquel amor y sin embargo, había luchado por él. ¿Qué pasaría cuando un día adquiriese la convicción de que su prima Stella era quien únicamente podía triunfar en aquella pugna de sentimientos?

Por otra parte, aunque su opinión pudiese pesar, quedaba el financiero. Éste no era ella, nada tenía que someter a un sentimiento amoroso y si como era lógico se ponía al lado de Zenker, poco o nada habría conseguido con que ella de momento se jugase todo a una carta tan decisiva por salvarle de la muerte.

Tenía que hacer algo para aprovecharse de aquel colapso de identidad entre sus enemigos, pero no acertaba a ver cómo podría aprovecharlo.

Sin precipitarse a hablar, esperó. Era mejor dejar a la joven que reaccionase un tanto y que fuese ella quien le marcase la pauta a seguir.

Durante varios minutos angustiosos, un silencio impresionante reinó en la estancia, silencio que sólo era turbado por la respiración jadeante y angustiada de la hija del financiero.

Por fin, ésta, serenándose un tanto, se volvió y tras contemplar el rostro hermético de Texas, en el que no pudo leer ninguno de sus pensamientos, exclamó:

—No me agradezca lo que he hecho por usted, capitán. Aunque ese miserable me ha adjudicado sentimientos que no existen, no lo

he hecho por usted. Si acaso, como una compensación a sus informes. He podido comprobar que son ciertos y aunque no sirvan de mucho, me valen para romper una promesa tonta que hice un día.

—Si ha sacado usted algún beneficio, lo celebro —afirmó Jim sin acritud en la voz— yo de momento, he sacado el de prolongar mi vida.

—Pero no se congratule. Su vida no me sirve para nada si no es para crearme nuevas dificultades. Por defenderle, he roto la armonía que tan precisa nos era. Quizá se reanude o quizá no, pero jamás será leal, porque nos separan muchas cosas muy íntimas.

Texas aprovechó el momento para decir:

—Vera, si me conociese usted bien, podría apreciar cuánto siento que esté usted situada en ese pedestal de miseria y podredumbre en que está usted. Una muchacha rica, bella, lista y atractiva, podría vivir una existencia feliz que usted misma ha matado. ¿Por qué no piensa en ello y se aparta de ese camino que sólo puede conducirle a la ruina?

Ella sonrió amargamente y repuso:

—¿Qué iba a ganar con ello? Lo que se puede comprar con dinero, lo tengo y lo que no tengo, no hay dinero en el mundo para adquirirlo. Déjelo estar, Texas.

Él, que adivinaba la cruenta lucha que se estaba librando en su alma, insistió:

—Escúcheme Vera…, creo que le conviene. Le habla un hombre de mundo con un prestigio bien adquirido. Desista de esa vida y de esta lucha que puede serle fatal. Para vivir, no necesita usted más que lo que posee. Retírese lejos, donde pueda empezar una vida nueva y de por concluido este período fatal. Yo le prometo que si lo hace, jamás me ocuparé de causarle mal alguno.

—Es inútil. Seguiré el camino que siga mi padre, estoy ligada a él fatalmente y lo que sea de uno será de los dos.

—Morirán ustedes ahorcados o en un presidio.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer? Pero antes habrán caído otros.

—Quiere decirse que estamos donde estábamos.

—Eso he querido decir.

—Lo siento por usted.

—Y yo por usted.

—No sé entonces por qué se ha expuesto para salvarme la vida.

—Por aplazar su muerte que no es igual. No admito imposiciones de nadie y menos de quien ha tratado de engañarme en lo único bueno que podía quedar en mí… En cuanto a usted, pase lo que pase, debe morir, capitán Texas y debe morir, no porque sea el enemigo abierto y declarado contra nuestros intereses, sino porque está por medio mi prima Stella. No me importa ya declarar mis sentimientos. Es cierto que le amo a usted. Es una idiotez, no había nada que me autorizase a concebir esperanzas en este terreno y sin embargo… la fatalidad lo ha dispuesto como una maldición o un castigo. Sé que tengo que renunciar a ese imposible, vivir amargada pensando en que jamás podrá ser, pero no soy tan altruista que ceda mi dicha a otra que me la ha robado al introducirse en nuestro camino. Stella es mi sombra negra y quiero ser la suya en igual sentido. No sé si realmente le ama… ella… bueno; es igual lo que ella me haya podido decir, pero sé que usted la ama a ella y ya que en otro orden no puedo vengarme me vengaré en este… Luego, si nos cogen, si nos ahorcan, mejor; terminaran mis sufrimientos y no tendré que vivir en una perpetua angustia viendo cómo mi rival goza de una felicidad que yo no he podido alcanzar.

—Eso es una ruindad, Vera. Ni con ella ni sin ella usted iba a conseguir mi amor.

—Bueno, eso no es cuenta. Quiero borrarle a usted de la tierra para consolarme sabiendo que ha muerto y que nadie puede conseguid lo que yo no he conseguido y quiero borrar a mi prima por la misma causa… Usted vivirá hasta que ella esté en nuestras manos. Quiero hacerle sufrir las penas del Infierno viéndole morir ante sus ojos sin poder hacer nada por usted y eso… Eso no tardaré en conseguirlo. Todo está muy bien preparado para apoderarnos de Stella. Decidimos atacarle en su propia guarida y como podrá juzgar, nuestros planes se están cumpliendo. Es su táctica que hemos sabido aprovecharla; a tal maestro tales discípulos.

Texas se daba cuenta de lo que era capaz de realizar una mujer celosa y más del temperamento exaltado y enérgico de Vera y se estaba preguntando qué habrían tramado aquellos tres seres repugnantes y malvados para poder apoderarse de la infeliz Stella y qué le tendrían reservado sin su posible auxilio.

Si por un momento había confiado en poder ablandar el corazón de Vera, ahora estaba seguro de que nada ni nadie le salvaría. La hija del financiero era un ser rencoroso, que todo lo supeditaría a su personal venganza, aunque para ello tuviese que traicionar los planes de sus cómplices.

Vera, que había quedado hermética y tensa después de sus declaraciones, se pasó la mano por la frente como si quisiera ahuyentar algún pensamiento que le atormentaba y recogiendo el quinqué, dijo:

—Que descanse usted bien, Texas. Duerma lo que pueda, ya que no serán muchas las noches que le quedan para hacerlo.

Él, para poder probar hasta dónde era capaz de llegar en su refinamiento, suplicó:

—¿Quiere usted darme un poco de agua? Que piense darme muerte, no es obstáculo para que me someta a este tormento. Yo no lo haría con mi más despiadado enemigo.

Ella dudó. Luego abandonó la estancia y volvió con una vasija llena de agua, que aplicó en persona a los resecos labios del prisionero. Texas, en tanto que bebía con avidez, observaba cómo le temblaban las manos con violencia.

Vera sin hacer caso de las gracias que Jim le había dado, abandonó la estancia altiva y sombría.

CAPÍTULO V

LA CELADA

EL día que Texas partió del rancho para dirigirse a Sherwood, transcurrió en la hacienda sin ninguna novedad.

Nino, cumpliendo fielmente las instrucciones de Jim, se constituyó en guardia permanente de Stella, sentándose en el porche cuando ella permanecía en el interior o acompañándola a caballo cuando sentía ganas de pasear.

Stella se enteró que al siguiente día se iban a sacrificar cincuenta reses, pedidas por un comerciante de un pueblo no muy distante de la hacienda y mostró curiosidad por presenciar la preparación de la carne. Las reses debían entregarse limpias de piel y cornamenta, pues serían recogidas en dos grandes carros que las conducirían directamente a los establecimientos distribuidores de ganado.

Nino que no estimaba que era una operación muy agradable para una mujer tan sensible, advirtió:

—Creo yo que no debía usted ir a presenciar esa carnicería, señorita Stella… Nunca es agradable ver cómo matan a un semejante, con perdón de los semejantes me parece a mí.

—Bueno, Nino, pero es que me aburro… No sé qué hacer.

—¡Oh!, pues… ¡maldita sea Sonora!, eso me pasa a mí… Esto es

una cosa muy grande donde no encuentra uno dónde divertirse como no sea trabajando y eso, ¡repinto!, no creo yo que sea diversión, al menos para mí. Si siquiera hubiera manera de andar a tiros un ratito o así…

—¿Quiere usted callar? ¿No está usted harto de pólvora y plomo?

—Pues… no… La verdad… Manito Texas y yo hemos nacido para eso no más y si nos quitan echar mano al «Colt» de vez en cuando, ¡maldita sea Jalisco! ¿Con qué nos vamos a distraer? ¡Cómo no sea pescando truchas!

—¡Oh, eso debe ser muy bonito! ¿Hay aquí truchas? ¡Yo quisiera pescar, Nino!

—¿Aquí? Aquí hay de todo y si no hay elefantes, es porque no se le ha ocurrido al patrón formar un hatajo que si no…

—¡Yo quisiera pescar, Nino! ¿Usted sabe pescar truchas?

El mejicano se rascó la cabeza y luego se excusó:

—Yo sí… claro… yo sé un poco de todo, me parece a mí pero… mis métodos… Verá usted; yo me pongo en el estanque, las miro un ratito, luego, saco el revólver y… ¡Pum!… ¡Pum!… mato media docena o así y ya está.

—Pero eso no es pescar, Nino. Eso es cazar.

—¡Oh bueno!… No sé… pero yo pesco así… ¿Y usted?

—Yo con caña y sedal… ¿Puede usted proporcionármelos?

—Creo yo que si… Espere.

Subió al rancho donde Texas poseía de todo lo preciso para una excursión de pesca y bajó cargado de adminículos que entregó a la joven.

Stella entusiasmada, eligió lo que estimó más apropiado y montando a caballo, dijo:

—Lléveme donde haya truchas.

Nino condujo a la joven a un magnífico estanque algo alejado del rancho. Era un estanque natural, formado por un largo canal que procedía del Eel y en él había gran abundancia de toda clase de pesca.

Stella llena de entusiasmo, preparó las cañas, los sedales, los cebos y sentada al borde del estanque con los pies desnudos para no mancharse los zapatos, se entregó con ardor a la paciente tarea de pescar.

El sol picaba fuertemente, pero ella no lo sentía. En cambio Nino, no sólo se notaba molesto por el sol, sino que aburrido estaba observando cómo un sueño pesado se apoderaba de él.

Como la pesca no era un espectáculo que le interesase, decidió sentarse un poco alejado del estanque aprovechando la grata sombra de un castaño y con el sombrero inclinado sobre los ojos para hurtarlos a los rayos del sol, terminó por dormirse gratamente. Stella absorbida por aquel emocionante entretenimiento, se desentendió de él. Le había visto buscar un lugar grato donde dormir y le bastó saber que se hallaba cerca.

No lejos de allí se procedía a cargar los dos grandes carros con la carne recién desollada. Durante toda la mañana, habían estado varios peones dedicados a la tarea de matar y desollar reses, mientras los conductores de los dos carros, seis hombres en total, al mando de un carrero viejo y barbudo, deambulaban por los pastos husmeando la propiedad para matar el tiempo.

Nino dormía plácidamente al pie del castaño, cuando suavemente, por detrás de la maraña del arbusto, surgieron dos rostros innobles, que con los ojos encandilados echaron un vistazo alrededor.

Stella de espaldas a ellos, no podía verlos y el mejicano dormido, tampoco.

Cuando se convencieron de que no había nadie más por los alrededores, se deslizaron suavemente por la hojarasca rodeando el castaño. Ambos esgrimían en la mano dos impresionantes «Colts».

Un tercer individuo surgió poco después detrás de ellos. En su mano derecha, brilló a la luz del sol de la tarde una gruesa barra de hierro pulido y con ella levantada, se fue acercando al mejicano.

Se detuvo a dos pasos de él, le miró fieramente, calculó la distancia y de súbito, dejó caer la barra con terrible fuerza sobre la cabeza de Nino.

Éste se estremeció, lanzó un gruñido de dolorosa angustia e inclinándose de costado cayó sobre la hierba sin hacer movimiento alguno.

Entonces, los tres individuos pisando suavemente para no ser descubiertos, se fueron acercando a Stella. La joven muy emocionada, tratando de conseguir que una gran trucha que rondaba, el sedal picase en el anzuelo, no se dio cuenta del peligro

que se aproximaba a ella y cuando pudo saber de él, ya era tarde.

Súbitamente vio reflejándose sobre el agua tres sombras que saltaban como fieras. Asustada volvió la cabeza, pero en aquel momento, alguien le aferraba del cuello para que no gritase, otro le arrojó algo espeso a la cabeza tapándole reciamente el rostro y luego, se vio suspendida en el vacío sin poderse librar de aquella fiera presión.

Todo fue tan rápido, tan medido, tan bien ejecutado, que apenas si transcurrieron cinco minutos desde su aparición entre el boscaje hasta su desaparición por el mismo sitio.

Cuando se ocultaron en un espeso soto, un viejo barbudo que esperaba lleno de impaciencia el resultado de aquel ataque, exclamó con regocijo:

—¡Bravo, muchachos, os habéis ganado el doble de lo prometido! Oídme bien. Atarla con cuidado y amordazarla mejor. No pesa mucho. Uno se la llevará hasta ocultarla en el lugar convenido, los demás rápidos a los carros para que no os echen en falta. Cuando la carne esté cargada, los carros pasarán por el lugar donde la tendréis escondida y será ocultada entre la carne. Nadie se dará cuenta inmediata del rapto y cuando la echen en falta, estaremos lejos. ¡Adelante!

Entre dos, redujeron a Stella a la impotencia más absoluta, y uno de ellos, grande y forzudo, se la cargó a la espalda y deslizándose por los sitios más espesos de vegetación, desapareció de la vista de sus compañeros.

Éstos se separaron y poco después, reaparecían bastante más abajo en el lugar donde se estaban ultimando los preparativos para la carga de las reses muertas. Éstas fueron cargada: en los dos grandes carros y poco después, los vehículos partían por el áspero terreno, sin que nadie hubiese podido sospechar la tragedia de que habían sido actores.

Los carros se deslizaron por una senda labrada por ruedas y poco a poco, se fueron alejando del lugar del sacrificio, sin que nadie se preocupase de ello.

La carne estaba encargada hacía, varios días, el precio ajustado con arreglo al mercado del momento y como el que aparecía como encargado de la compra abonó en el acto el importe de las reses, al capataz del atajo no tenía por qué sospechar nada anormal en los

compradores.

Cuando los carros ya lejos del sitio donde se había verificado el sacrificio cruzaban ante unos peñascales cubiertos de alta hierba, aquéllos se detuvieron un momento, de entre las jaras surgió un rostro.

—¡Adelante, Bob! —Dijo el encargado de la expedición—. Todo, va bien.



El individuo apareció con el cuerpo de Stella a las espaldas y pronto, varios brazos la tomaron arrojándola en un hueco que habían hecho entre las reses reanudando rápidamente la marcha.

Poco más tarde, abandonaban la propiedad para salir a la senda y cuando se habían alejado media milla, se detuvieron en el recodo de un camino.

Allí oculto, había un calesín cerrado con cuatro poderosos caballos. El viejo se apeó de uno de los carros y dio orden de trasladar a la muchacha al calesín, en el que tomó asiento en el pescante haciéndose cargo de la dirección de los caballos.

Los carros siguieron por la senda tranquilamente, y el calesín a campo traviesa, alejándose cuanto más de la propiedad de Texas, se perdió por el Oeste, nadie sabía hacia dónde.

Toda la operación se realizó en menos de una hora. Si se descubría la falta de Stella y se registraban los carros, nadie encontraría en ellos rastro de la joven.

* * *

Habían transcurrido cerca de tres horas desde que se cometiera el audaz rapto y nadie se había dado cuenta de él. Los peones se dedicaron a borrar las huellas de la matanza y en el resto de la propiedad, cada cual se cuidaba de sus faenas sin preocuparse de cosas que no le incumbían.

En cuanto a Stella y Nino, como éstos campaban por sus respetos por la dilatada propiedad, nadie tenía por qué preocuparse de ellos ni seguir sus pasos.

Pero un hecho inquietante produjo la alarma en la hacienda y derivado de él, se vino a descubrir antes que nadie pensaba parte de lo sucedido.

Un caballo sin montura avanzó veloz por la senda que bordeaba la cerca espinosa de la hacienda y cuando el noble animal llegó al lugar donde el cercado se abría para dar paso al rancho, enfocó a todo galope la senda, llamando la atención del peón que cuidaba aquel lado de la propiedad.

El guardián salió de la cabaña que le servía de refugio y reconoció rápidamente al animal. Se trataba de «Huracán», el caballo favorito de Texas, pero éste regresaba sin montura.

El peón alarmado, corrió tras él intentando detenerle, pero «Huracán» no atendió sus llamadas y únicamente paró en seco cuando se encontró a la puerta del porche.

Allí relinchó sonoramente varias veces, como si llamara a alguien y cuando el peón consiguió llegar hasta él, observó que venía cubierto de polvo y sudoroso de una larga caminata.

Asustado, penetró en el rancho llamando a Nino con grandes voces, pero los sirvientes le notificaron que Nino había salido a caballo con Stella e ignoraban dónde podrían encontrarse.

Al descubrir abandonados por tierra algunos útiles de pesca, el peón supuso que estarían en el estanque y a todo correr, se dirigió a aquella parte de la hacienda.

Su inquietud aumentó de grado al descubrir al borde del estanque, varias cañas, sedales, un recipiente con algunas truchas ya muertas y una caña tronchada.

Aquellos adminículos indicaban que habían estado allí, pero su ausencia le sumía en una viva inquietud.

Al hacer un registro por las inmediaciones por si se habían refugiado entre el espeso verde para descansar, lanzó un rugido de espanto. Acababa de descubrir el cuerpo de Nino caído de costado junto al tronco de un árbol.

Al acercarse, observó que estaba privado de conocimiento y herido. El sombrero aplastado sobre su cabeza, metido hasta casi su boca, aparecía lleno de sangre y la camisa del mejicano también presentaba señales copiosas de ella.

El peón asustado, hizo vibrar un cuerno de señales que llevaba siempre colgado del cuello y a sus roncas notas, no tardaron mucho en acudir los obreros que se hallaban más cerca, entre ellos varios vaqueros de un hatajo próximo.

Rápidamente tomaron a Nino entre sus brazos y lo trasladaron al estanque. Allí le despojaron del sombrero, observando que presentaba un golpe contundente en la parte trasera del cráneo, golpe que por fortuna, debido al fieltro del sombrero, no le pulverizó el hueso, pues la barra al pegar, debió escurrirse hacia atrás produciendo una herida más extensa que profunda.

Rápidamente le aplicaron compresas de agua fresca lavándole bien la lesión. Alguien vertió en ella un poco de alcohol, cosa que obligó a Nino a estremecerse y mientras le curaban, los peones alarmados buscaban a Stella, pues por la situación del mejicano comprendían que algo anormal había sucedido.

Los cuernos de alarma vibraron por toda la enorme extensión. Varios jinetes partían veloces comunicando el suceso y dando orden de buscar a la joven y a todo ser extraño a la propiedad que pudiera encontrarse en ella, y la más espantosa confusión reinaba entre los

colonos.

Por otro parte, la llegada del caballo de Jim sin jinete era un motivo más de sobresalto y como el único que estaba más al tanto de los secretos de Texas era Nino, todos se esforzaban en hacerle volver en sí para que les ilustrase e incluso pudiese darles alguna orden lógica que tuviese un resultado práctico.

Por fin, tras muchos esfuerzos y estimulantes, el mejicano pareció reaccionar. Lo hizo emitiendo gruñidos terribles de dolor, sin darse cuenta de ello; más tarde abrió los ojos velados por lágrimas de angustia y por fin, medio atontado, pareció darse cuenta de lo que le rodeaba.

Al observar tanta gente alrededor suyo, miró a todos estúpidamente y balbució:

—¿Qué sucede, maldita sea Jalisco? ¿Qué me habéis hecho en la cabeza que me duele más que si tuviese una montaña encima?

El peón que había dado origen a todos los dramáticos descubrimientos, le sacudió angustiado exclamando:

—Escucha, Nino, es preciso que te des cuenta de tu situación. Dinos qué ha sucedido… comprende que…

—¿Qué diablos dices, maldita sea mi figura? Yo qué sé que ha sucedido… yo dormía aquí… y… ¡Por el infierno! ¿Qué me ha pasado?, hablar, ¡maldito sea todo Méjico!

—No lo sabemos, Nino, te hemos encontrado sin sentido, con la cabeza magullada de un soberbio porrazo… no sabemos que es de la señorita Stella…

El nombre de Stella fue como un revulsivo para el mejicano. Olvidando su intenso dolor y recobrando unas fuerzas que había perdido, atenazó por un brazo al peón rugiendo:

—¿Qué dices?… ¡Maldito sea tu corazón! ¿Dónde está la señorita?… Yo… yo la dejé ahí… pescando… me dormí al pie de un árbol y… ¡Oh, por el infierno! ¡No me acuerdo de más… no puedo acordarme!

—Pues algo ha sucedido, Nino. La señorita no aparece… Ahí están los efectos de pescar… ha desaparecido… También acaba de llegar el caballo del patrón solo… sin jinete… No sabemos qué hacer.

Nino, con los ojos desorbitados, llevó la mano al revólver rugiendo:

—¿Qué no sabéis qué hacer?, ¡maldita sea Guadalajara! Yo os lo diré a tiros, hatajo de borregos… Ya estáis buscando a la señorita por toda la hacienda y por donde no es la hacienda… Alguien se la ha llevado… ¿Para qué creéis que necesitaban deshacerme a mí esta maldita calabaza que tengo sobre los hombros, sino para quitarme de en medio creo yo y llevarse a la señorita? ¡Buscarla, por Judas!… Y como no la encontréis, os prometo daros tantos tiros como me va a dar a mí el patrón cuando se entere.

Los peones se apresuraron a deshacer el grupo y el guardián de la entrada a la hacienda, se encaró con Nino diciendo:

—Eso está bien, pero, ¿qué me dices de lo del caballo del patrón sin jinete? «Huracán» no es capaz de venirse solo sin una razón. Hay que averiguar que le ha sucedido antes que todo.

Nino que estaba a punto de reventar a causa de la emoción y la angustia, rugió:

—¡Oh sí, creo yo que sí, pero!… ¿por dónde empiezo, maldita sea Jalisco? El patrón… la señorita Stella… ¡Oh! Todo esto no puede ser obra más que de ese chacal de Zenker, maldito sea su corazón y como yo consiga atraparle… ¡Por la virgen de Guadalupe!… ¿Qué hago yo? ¡Si estoy tan ciego que no se me ocurre nada!

Nino estuvo a punto de romper a llorar como un niño y el peón compadecido, dijo:

—Debes calmarte, Nino, estudia la situación, ¿dónde fue el patrón a caballo?

—A Sherwood, a ver a… ¡Por todos los diablos del infierno! Allí deben haberle cazado y yo… yo… ¡Larry, que se preparen doce hombres que sean doce fieras para venir conmigo! Yo no puedo hacer todo, pero encontrar al patrón… eso sí y luego… luego que me vuele esta baya vacía que tengo sobre los hombros por cabeza… Me estará bien empleado, ¡por pringao creo yo!

El peón se separó de él y Nino rabioso, corrió por todas partes haciendo preguntas a uno y a otros, tratando de averiguar algo que le diese una pista. Sólo pudo sacar en claro que los únicos extraños que habían estado en la hacienda eran los encargados de conducir los dos carros cargados con la carne.

Nino, sospechando la verdad, ordenó:

—Una docena de peones a todo galope hasta alcanzar los carros.

Registrarles hasta los cubos de las ruedas y volar la cabeza con dinamita a los que le conducen hasta averiguar la verdad… ¡Rápidos, por el demonio! Los demás que se preparen. Nos vamos a Sherwood.

Los hombres que había pedido se hallaban ya a caballo esperando sus órdenes. Sabían que en ausencia de Jim, Nino gozaba de autoridad para disponer salidas como aquélla y nadie se atrevió a discutir sus órdenes.

Nino con la cabeza mal vendada y la ropa manchada de sangre, no se detuvo más que a llenarse los bolsillos de proyectiles y a tomar el rifle. Rugiendo de ira y desesperación, montó a caballo e iba a partir al galope cuando, tuvo una inspiración.

Silbó con toda su fuerza, gritando:

—¡«Chacal»!… ¡«Chacal»!… ¡Aquí!… ¡Busca al amo!

El impresionante perro al oír la llamada, surgió como un meteoro por entre la hierba saltando al caballo de Nino y éste, picando espuelas, arrancó a todo galope hacia la senda que conducía a la costa.

CAPÍTULO VI

La traición de Vera

ERA mediada la noche, cuando a la puerta de la choza donde Texas sufría el terrible tormento de saber sus brazos casi anquilosados de tenerlos constantemente en tan agobiadora postura, se detuvo un calesín cubierto de polvo. Los caballos, fatigados y sudorosos, acusaban la angustia de una larga y martirizante jornada y del calesín, saltó a tierra un anciano de luengas barbas, que penetró en la choza regocijado llamando:

—¡VERA!... ¡Vera!... ¡Aquí estoy de vuelta!

Vera que tumbada sobre una pobre yacija no lograba conciliar el sueño a causa de las tormentosas sensaciones que la embargaban, corrió al encuentro del recién llegado preguntando con ansia:

—¿Todo bien, padre?

Spack se despojó de la postiza barba que le había servido para disfrazarse y repuso regocijado:

—Todo, Vera; la cosa ha sido más fácil que pudimos suponer, gracias a la casualidad. Nos apoderamos de tu prima sin tener necesidad de asaltar el rancho y al tiempo, nos deshicimos de esa bestia mejicana a la que yo más temía.

—¿Dónde está Stella?

—Dentro del calesín. No te preocupes, está bien amarrada. Al salir de la hacienda, dejé rodando los carros con la carne y la metí en el calesín, tomando una dirección distinta. Nos ha costado un puñado de cientos de dólares adquirir esa carne que para nada nos sirve, pero el precio ha sido demasiado barato para el valor de las presas.

—Tráigala aquí, padre. ¡Quiero verla!

—No, Vera, no podemos perder un minuto más aquí. Pueden haber echado en falta a Stella o haber descubierto el cadáver del mejicano y lanzar tras de nosotros toda una jauría de peones rabiosos. Tenemos que escapar de aquí cuanto antes. Ya sabes que lo tengo todo preparado en evitación de sorpresas. ¿Y Zenker?

Vera titubeó un momento y luego dijo:

—Padre, siento decirle que he tenido con él una discusión muy violenta y que me he visto obligada a disparar un tiro. Sólo le he herido en un brazo, pero me ha obligado a ello.

Spack rechinó los dientes gruñendo:

—¿Qué ha sucedido, Vera? Eso me desagrada. Zenker es un auxiliar muy valioso y está tan interesado como nosotros en esta lucha.

—No lo discuto, pero… se ha permitido obrar por su propia cuenta sin contar con nosotros. Pretendió matar a Texas antes de que tú vinieses y dieses tu visto bueno y tuve que oponerme. Me trató de un modo autoritario y sólo pude evitarlo disparando sobre él.

—Lo siento, Vera… es lamentable esto, pero… Zenker debió esperarme…

—Sí, además… ¡Oh, padre! ¡Es un canalla!

—Bien, ¡vaya novedad! Si fuese un hombre de bien, no nos serviría para nada.

—No es eso, padre… es un canalla para nosotros también.

—No puedo creerlo, Vera. Hay algo que le liga a nosotros y en particular a ti y por conseguirlo…

—No sigas. A eso me refiero precisamente. Es un calculador y un egoísta. Ni me ama ni jamás me ha amado. Sólo busca sustituirte en los negocios y amarrarme para ser el amo de todo. Mientras me fingía amor, sé que acaba de dejar abandonada a otra con un hijo…

—¡No es posible, Vera! ¡Han debido engañarte!

—No. Me han dado el nombre de ella y cuando se lo eché en cara, creí que me iba a destrozar. Le ha puesto rabioso ver descubiertos sus planes.

Spack que adoraba a su hija por encima de todos sus vicios y maldades, se sintió indignado.

—Bien, ya trataremos ese asunto a su debido tiempo.

—Sí, pero debes tener cuidado con él. Es capaz de hacerte traición cuando quede convencido de que sus ocultos planes respecto a nosotros han fracasado.

—Estaré alerta y si le considero un peligro…

No dijo más, pero en el acento rencoroso de sus palabras, Vera adivinó una trágica sentencia para su aliado.

Luego insistió:

—¿Dónde está Zenker?

En el poblado. Le prohibí estar aquí hasta que tú vinieses.

—Bien, voy a hablar con él. De momento dejaremos muerto este asunto vuestro. Hay que huir con Stella y deshacernos de Texas. Esta noche Zenker y tú saldréis de aquí con tu prima, para el lugar donde tengo todo preparado y yo me quedaré para deshacerme de ese tipo. Él se gozó con mi supuesta muerte el día que me colgó de un árbol. Yo no me separaré de él hasta que quede convencido de que está bien muerto.

Vera se estremeció hasta lo más recóndito de su ser. Odiaba a Texas por estar convencida de que él amaba a Stella, pero en el fondo, el amor que le profesaba era superior a todo odio y ahora, al saberle condenado a una muerte próxima y segura, algo íntimo en ella se rebelaba a consentir su muerte, aunque sabía que mientras él viviese el peligro estaría rondando sus vidas.

Spack sin darse cuenta ni remotamente del martirio que estaba sufriendo su hija, exclamó:

—Voy para allá. Te dejo al cuidado de ese hombre y cuando yo vuelva de hablar con Zenker, me encargaré de él. ¡Te juro que lo que yo sufrí aquella noche me lo voy a cobrar ésta!

Vera apretó los dientes y nada contestó. Saliendo fuera de la cabaña, acompañó a su padre hasta la puerta.

El calesín se hallaba parado junto a un esquinazo de la chabola. Nadie rondaba por allí. Aquel era un lugar muy extraviado, que Zenker había sabido elegir muy bien para verse libre de curiosos.

Un silencio impresionante reinaba en torno de ellos, cortado solamente por el sordo rumor del mar batiendo sobre los cantiles a no muchas yardas de distancia…

Era un rumor lúgubre y melancólico, que acabó de encrespar los nervios de la joven.

Ésta echó un vistazo ansioso al interior del calesín.

En él, el bulto acurrucado de Stella se destacaba impreciso. La infeliz, atada y amordazada, solamente era un fardó aprisionado, pero sus ojos refulgían con un brillo especial de pánico y dolor.

Las miradas de ambas mujeres se cruzaron como dos haces luminosos en la penumbra azulada de la noche y Vera, mordiéndose los labios con ira, se retiró murmurando:

—¡No, jamás!… Jamás consentiré que me lo robe… Quien debe morir es ella y el… él debe vivir para que sufra durante toda su vida el tormento que yo tendré que sufrir por él.

Spack, sin oír su monólogo, montó en el calesín y fustigó los caballos dirigiéndose a través del arenal hacia el poblado, mientras Vera, tomando una resolución, volvió a internarse en la choza.

Durante varios minutos, quedó tensa en la mísera estancia, con la mirada vagando por la penumbra de la mal alumbrada habitación y con el pensamiento perdido muy lejos. Estaba barajando algo grave y decisivo, que su instinto le advertía que no debía llevar a cabo, pero, había algo superior que le impulsaba a hacerlo y era aquel amor loco, desenfrenado e inútil, que sentía por su más irreconciliable enemigo.

Por fin, bruscamente se decidió. Tomó la vela y se dirigió al departamento donde Texas, acuciado de terribles dolores en todo el cuerpo y sobre todo en los brazos, pedía a Dios como un bien, que pusiese término cuanto antes a sus sufrimientos. Vera hizo señas al rufián que vigilaba la estancia y exclamó:

—Vigila la puerta de entrada por si acaso. Los momentos no son para descuidar cualquier contingencia.

El forajido obedeció y salió fuera, mientras Vera con la vela en la mano, penetraba en la prisión.

Texas la miró angustiosamente y se preguntó qué trágicas nuevas vendría a anunciarle.

Ella, mirándole entre rencorosa y angustiada, exclamó:

—Capitán Texas, el desenlace se acerca. Sus minutos están

contados y antes de que suceda lo que tenga que suceder, óigame. No todos los dolores han de ser para mí; es justo repartirlos y por ello, voy a compartirlos con usted, ya que no puedo compartir las alegrías. Mi prima Stella está en mis manos.

Texas lanzó un terrible juramento y se revolvió inútilmente y Vera sonriendo con ferocidad, repuso:

—Está en nuestras manos. Mi padre acaba de llegar con ella.

Texas esperanzado de que pudiese ser una añagaza, exclamó:

—Me cuesta trabajo creerlo.

—Es igual, ello no va a evitar lo sucedido. Y no sólo Stella está con nosotros, sino que esa fiera mejicana que tenía usted a su servicio ha pasado a mejor vida.

—¡Mentira! —rugió Texas con el corazón sobrecogido al pensar que su fiel Nino hubiese sido víctima de alguna trampa mortal.

—Le juro que digo la verdad. Mi padre ha estado en su rancho. Usted recordará que alguien le compró varias reses descuartizadas para un mercado. ¡Mentira pura! Esto era un pretexto para entrar en su hacienda. Los carros han estado allí algunas horas y en ese tiempo, los hombres que los conducían han podido hacer muchas cosas. Puede creerlo o no, pero le juro que yo acabo de ver a mi prima amarrada como un carnero en el fondo de un carruaje y a estas horas estará camino de algún sitio donde jamás podrá verla.

»Esta será mi venganza, lo demás no me importa y ahora escúcheme: Quizá cometa la mayor locura de mi vida, pero la cometeré con conocimiento de causa y ateniéndome a las consecuencias. Un día, me tuvo usted entre sus manos y quizá porque yo era una mujer, no se deshizo de mí… Hoy voy a darle una posibilidad de salvarse aunque ello me cueste muy caro. Dentro de poco, vendrán a buscarle para dar fin de usted. Yo sé cuál es su fin; caer amarrado de pies y manos con esos hierros que le aprisionan en el fondo de ese mar que ruge a pocos pasos de aquí. Quiero suponer que es usted buen nadador. Voy a abrir las cerraduras de esos grilletes para que cuando caiga al agua, pueda intentar algo para salvarse. Es cuanto puedo hacer por usted pero escúcheme bien. Si antes de caer al agua intentase usted algo para librarse o revolverse contra quien le arroje, le clavaré a usted cinco balas en la cabeza antes de que tenga tiempo a iniciar el más leve movimiento. ¿Queda entendido?

Texas no contestó. Estaba ponderando el ofrecimiento y el partido que podía sacar de él.

Ella creyendo que lo rechazaba, agregó:

—Piénselo bien, no creo que así amarrado sea usted capaz de salir a flote y salvarse.

Texas, dominado por el terrible peligro que debía estar corriendo Stella, exclamó con voz ronca:

—¡Acepto!

—Pero ha de darme usted su palabra de honor de que hasta no caer al agua se olvidará que puede disponer de esa libertad de movimientos.

—¡Le doy mi palabra de honor!… Pero… ¿qué espera usted de mí, después como compensación?

—Nada… Confío en que cuando usted pueda valerse por sí solo, yo estaré muy, lejos de su alcance.

—¿Y si así no es?

—Si así no es… Me resignaré con mi suerte.

—¿Ha pensado usted en cuál puede ser mi venganza?

—He pensado en todo, pero a veces, creo que la muerte es más piadosa que la vida.

—No siempre… La vida también tiene sus atractivos cuando se sabe aprovechar con bien… No lo olvide.

—Déjese de consejos que nadie le ha pedido. Cada uno es bueno o malo a su modo. Sólo los interesados son los que un día deben rendir cuentas de sus actos.

—Bien —exclamó Texas— no puedo rechazar lo que me ofrece si nada se me exige a cambio, salvo el no hacer uso de esa gracia hasta el momento crítico.

—En ese caso, vuélvase.

Vera mostró en sus manos las llaves de las esposas. Texas se volvió, pero antes de que ella se aproximase preguntó:

—¿No se ha dado usted en pensar que pueda aprovecharme de ese acto generoso y frustrar todos sus planes?

—Sí, pero… me ha dado usted su palabra de honor.

—¿Tan buen concepto tiene usted de mí?

—Tanto como usted lo tiene malo de mí.

—Creo que voy a rectificar un poco mi opinión, Vera…

—No lo necesito…

—Sí, porque algún día me atará de pies y manos para tratarla como a los demás.

Ella sin contestar, abrió las esposas y Jim preguntó:

—¿Me permite usted que haga un poco de ejercicio con los brazos? De nada serviría su generosidad si antes no estuviese en condiciones de usarlos.

Ella dudó un momento, pero valientemente afirmó con la cabeza.

Jim aprovechó el permiso para tratar de recobrar la posición normal de sus brazos. Un dolor intenso le acometía en el intento, pero sabía que de no sufrirlo, su inferioridad para la defensa sería grande.

Aguantando el enorme pinchazo que laceraban sus músculos, flexionó los brazos a un lado y otro, hasta recobrar la circulación normal. Sentía que le parecían de trapo o algodón, pero era hombre fuerte y pronto conseguiría valerse de ellos.

Un rumor de voces fuera de la choza, alarmó a Vera; ésta suplicó:

—¡Rápido! ¡Alguien viene!

Colocó las esposas en las manos de Texas y abandonó rápidamente la estancia. Jim adoptó la postura que hasta el momento había tenido, pero su cerebro era un caos de encontrados pensamientos. No acertaba a explicarse la generosidad de aquella mujer altiva, fiera y salvaje, que le odiaba precisamente porque sabía que la ilusión de su vida respecto a él era un imposible. Pero reflexionando mucho, una duda le saltó. ¿No sería más bien que una generosidad una venganza? Si realmente su salvación de nada le servía para intentar sacar de sus garras a Stella, ¿qué infierno sería su existencia después, sabiendo que ella había sido la causa de la pérdida de aquel gran amor?

Una rabia sorda le invadió al ponderar esta posibilidad y estuvo tentado de faltar a su palabra y aprovechar aquella libertad para deshacerse de sus enemigos cuando acudiesen en su busca, pero el sentido del honor pudo en él más que nada y desistió. Arrostraría las consecuencias de aquella promesa y después… después, si todo sucedía a gusto de sus enemigos, que temblasen, porque su venganza sería horrible empezando por la propia Vera.

Con los nervios en tensión, esperó. Temía que en una revisión de

sus ligaduras, se diesen cuenta de que estas se hallaban sueltas y entonces, todo se habría perdido para él.

Pero si intentaban esta revisión, su palabra podía considerarse nula y antes que consentir que le diese una muerte estúpida, lucharía como una fiera por su vida y por su libertad.

Vera había corrido al exterior donde su padre que acababa de llegar, dijo:

—Vera, ve en busca de Zenker. Espera en el coche con tu prima. Os alejaréis a toda marcha hacia el sitio que Zenker conoce y yo os seguiré a caballo cuando me haya deshecho de ese tipo. Temo no sé por qué, que todo se pueda venir abajo a última hora.

Vera se estremeció, preguntando:

—¿Por qué?

—No sé, quizá porque puedan haber descubierto lo ocurrido en el rancho antes de tiempo. Por eso me urge liquidar pronto este asunto.

Ella dudó. No se atrevía a separarse de su padre hasta que éste pudiese emprender la marcha a su lado.

—Te acompañaré —dijo—. Luego nos vamos juntos.

—No. Mi caballo es más veloz que los del calesín. Podéis ganar terreno muy útil y yo os alcanzaré.

Vera se resignó y montando en el caballo que Spack había llevado para su hija, partió hacia el poblado con una fuerte opresión en el pecho. También ella temía no sabía por qué, que todo se frustrase y más que por ella, sentía angustia por su padre.

No dudaba de la lealtad de Texas. Estaba convencida de que éste respetaría su palabra hasta caer al agua, pero, ¿y después? Ahora que no tenía remedio, se arrepentía de su impulso, pero ya nada podía hacer por evitarlo.

Su amor le había traicionado. Estaba dando armas al enemigo cuando tenía todos los triunfos en su mano, pero el corazón de las mujeres era así y nadie podía cambiarlo.

Vera alcanzó el poblado donde el calesín esperaba. Zenker con el brazo en cabestrillo, se hallaba dentro del carruaje junto a Stella. El secretario nada dijo, pero una llamarada de furor y de odio brilló en sus ojos cuando Vera subió al carruaje.

CAPÍTULO VII

La liberación de Texas

NINO, con furor que le convertía en una terrible fiera, se puso al frente de los peones lanzándose por la senda que conducía al arenal. Estaba seguro de localizar las huellas de los carromatos, pues por mucha prisa que hubiesen querido darse, no podían caminar al mismo ritmo que los caballos.

El mejicano se mantenía sobre la silla por un exceso de voluntad y bravura. A cada movimiento del caballo, la cabeza parecía estallarle, pero Nino consciente del peligro que corría su jefe y aterrado por la desaparición de Stella, estaba dispuesto a dejarse matar antes que cejar en su noble empeño.

Fué una carrera desenfrenada que duró hora y media hasta que por fin, en la lejanía, fueron distinguidos los carros rodando lentamente.

Nino lanzó un rugido de feroz alegría y ordenó:

—Preparar las armas, nada de contemplaciones. Al primero que realice un movimiento sospechoso, levantarle la tapa del cráneo.

Como una tromba, se lanzaron hacia los carros dividiéndose en dos grupos y minutos más tarde, habían rodeado los vehículos.

Los componentes del equipo sin mostrar temor alguno por aquel alarde de fuerza, les miraron con curiosidad y Nino, acercándose al

que marchaba en cabeza, preguntó:

—¿Quién es el capataz?

—Yo —contestó un individuo alto y grande, mirando a Nino con agresividad—. ¿Por qué lo pregunta?

—Pues lo pregunto, creo yo, porque me parece que alguno va a terminar aquí su viaje para emprenderlo al Infierno, ¡maldita sea Jalisco! ¿Dónde está la muchacha?

—¿Qué muchacha? —preguntó el capataz.

La que habéis robado o así en el runcho y no te tardes en contestar clarito, ¡maldita sea Guadalajara!, porque me hago una silla para «Rayo» con tu pellejo.

—Muy bravucón está usted, amigo, porque viene con una docena de he hombres armados… Aquí no hay chica alguna y usted no tiene derecho para amenazar así.

—Bueno, pringao, de eso hablaremos luego… ¡«Chacal»!… Busca a la muchacha.

El feroz perro que gruñía de un modo raro, saltó a uno de los carros y buceó intensamente, entre las reses muertas, luego, descendió veloz, miró hacia atrás y lanzó un lúgubre ladrido.

Nino saltó al carro en el que nada descubrió, salvo un hueco en el centro de las reses.

Se apeó y mirando al perro preguntó:

—¿Dónde está la muchacha, «Chacal»?… ¡Busca!…

El perro salió disparado hacia atrás ladrando con rabia, pero al observar que no le seguían, se detuvo ladrando nuevamente con fuerza.

Nino a pesar de su tosquedad, pareció comprenderle y dijo con un humorismo trágico:

—Bien, pequeño: ¡maldita sea Jalisco! Eres más listo que todos nosotros. A ti las narices te sirven para algo, creo yo, mientras que a nosotros…

Se dirigió a dos de los peones y ordenó:

—¡Apearos, maldita sea Sonora!…

Los peones obedecieron y Nino añadió:

—Buscar el tronco del árbol más grueso que podáis manejar y aplicárselo a las costillas a este pringao asqueroso hasta que cante… ¡Listos!

Al oír la orden, los individuos que componían el equipo de los

dos carros, echaron mano a sus armas dispuestos a defenderse, pero apenas habían hecho intención de disparar, vibró una descarga y tres de ellos cayeron sobre las reses muertas, sin tiempo a hacer uso de las armas.

Los otros tres parapetándose entre la carne, abrieron fuego sobre los peones y uno de estos, cayó con el pecho atravesado, pero Nino furioso, saltó desde el caballo al carro con una agilidad impropia de su recia naturaleza y disparando ciegamente, puso a los tres fuera de combate.

—¡Malditos gringos! —vociferaba—. Les voy a arrancar las orejas o así para adornar mi cinto como los indios… ¡Habrá pringaos!… ¡Deshacerme a ese a palos u os mondo a todos como a bayas!

Los dos peones atenazaron al capataz y uno de ellos desgarrando una rama de uno de los solitarios árboles que crecían en aquella zona, se dispuso a cumplir lo ordenado.

El capataz seguro de que le desharían, rugió:

—¡No, no; hablaré!

—¡Habla, sapo maldito! —gritó Nino— y como me engañes…

—La chica no está aquí —dijo el capataz— El jefe la sacó del carro mucho más atrás y se la llevó en un calesín que tenía preparado.

—¿Dónde se la llevó?

—No lo sé…

—Darle cinco palos para que haga memoria.

Los peones obedecieron, pero el capataz entre rugidos de dolor, gruñó:

—¡No lo sé!… ¡Lo juro que no lo sé, no nos dijo dónde pensaba ir con ella!

—¿Qué orden os dio a vosotros?

—La de seguir adelante y negar que hubiésemos visto a la muchacha.

—¿Dónde debíais dirigiros?

—A Sherwood… y desde allí, a un barranco donde arrojaríamos la carne y los carros. Luego nos iríamos por donde quisiéramos.

Nino tras un momento de duda, ordenó:

—Atarle las manos a la espalda, ponerle una mordaza para que no pueda hablar y atarle a la trasera de un carro. Luego, arrear los

caballos para que sigan su ruta y lo lleven a remolque. Seguramente en Sherwood nos volveremos a encontrar.

Cumplida la orden, alguien azuzó a los caballos con la punta de un cuchillo. Los animales arrancaron al trote y el capataz se vio obligado a correr a remolque de ellos, sin poderse quitar la mordaza para ordenarles detenerse.

Cuando los vio desaparecer camino adelante, gritó:



—¡A caballo!... Vamos, «Chacal», enséñanos el camino.

El perro por delante de los caballos, corría velozmente con el hocico pegado a la tierra y así retrocedió un buen trozo de camino hasta detenerse en un terreno herbóreo, que se dilataba al otro lado de la costa.

Durante unos minutos, hocicó la tierra fieramente y luego, introduciéndose por las asperezas del terreno, siguió adelante seguido de Nino y los peones.

Pronto el mejicano descubrió las huellas de unas ruedas marcadas en el blando terreno y no muy tarde, alcanzaron una senda polvorienta por la que el inteligente animal emprendió una marcha rápida.

Allí, los surcos de las ruedas se acentuaban y Nino comprendiendo que seguían una buena pista, no quiso que el perro se cansase.

—¡Sube, «Chacal»! —ordenó.

Sobre la marcha, el perro saltó a la grupa del caballo y los jinetes siguieron senda adelante.

Pero la noche se iba echando encima y después de una buena trotada, las sombras invadieron el terreno.

Nino temeroso de despistarse volvió a lanzar al perro sobre las huellas y «Chacal», seguro de seguir la pista, continuó por la senda guiando al grupo.

El camino hasta Sherwood era largo y aunque galopaban bastante rápidos, no podían forzar el trote de los caballos para no reventar al perro, que aunque rápido, no lo era tanto como los caballos para aguantar una caminata tan larga.

Así, era más de media noche cuando la senda desviándose bruscamente hacia la derecha, volvió a salir al camino de la costa, a unas tres millas de Sherwood.

Por fin, cerca de las dos de la mañana, una gran cantidad de puntos luminosos que brillaban agrupados entre las azuladas tinieblas, les indicó que estaban llegando al poblado.

El perro, a medida que avanzaba, se mostraba más nervioso y gruñón, y Nino temiendo que de un momento a otro se encontrasen cerca de los fugitivos, le llamó imperiosamente:

—«Chacal»,… ¡maldita sea Sonora! No te separes de mí, no sea que des la voz de alarma y nos jueguen alguna mala pasada o así…

El animal obedeció la orden y se pegó al caballo del mejicano, gruñendo y mostrando sus poderosos y terribles dientes.

Poco antes de enfilar el sendero que conducía al poblado, Nino detuvo a sus compañeros diciendo:

—Cuidado… Por aquí creo yo que hay una cabaña o así que es donde dijo el patrón que iba…

Avanzaron un poco y uno de los peones, señaló…

—Allí, Nino… Aquello es una choza… y…

—¿Por qué dudas?…

—¡Sale gente de ella!

El grupo se detuvo un momento mirando ávidamente hacia el lugar señalado por el peón. En efecto, un grupo de cuatro personas acababa de abandonar la choza y se dirigía hacia los acantilados, a unas cincuenta yardas más allá. Al dar la vuelta, Nino que poseía una excelente mirada, observó que dos de ellos portaban un bulto como si se tratase de un hombre a quien condujeran atado de pies y

manos.

El mejicano, nervioso, temiendo que aquello estuviese relacionado con la misión que se había impuesto, ordenó:

—¡Adelante! Vamos a ver quiénes son esos pringaos y qué llevan entre las manos.

Y dando el ejemplo, se lanzó a todo galope hacia adelante.

El furioso galope de los caballos alarmó al grupo. Éste, se detuvo un momento indeciso, luego, dejaron caer a tierra el bulto que portaban y súbitamente restallaron varios disparos.

Las balas se perdieron entre los caballos no alcanzándoles por milagro y los jinetes al verse así atacados, se abrieron en círculo para ofrecer menos blanco al tiempo que contestaban en idéntica forma…

* * *

Apenas Vera hubo desaparecido camino del poblado para unirse a Zenker, Spack acompañado de dos rufianes que esperaban fuera y el que hacía guardia en la choza, penetró en la estancia, donde Jim con los nervios en tensión, esperaba el desenlace de aquella dramática aventura.

No le asustaba un baño de impresión; era un nadador excelente, pero le asaltaba el temor de que antes pudiesen darle un tiro o una puñalada o de que al arrojarlo por los cantiles pudiese estrellarse contra estos.

El rumor de pasos se fue acercando y poco después, Spack acompañado de los tres rufianes que portaban una vela, hizo su aparición en la estancia.

Se dirigió directamente a Jim que aparecía tumbado en tierra y con acento henchido de rencor, advirtió:

—Llegó su hora, Texas… Hoy soy yo el que debe gozar la alegría del triunfo.

Jim no contestó. Se incorporó con trabajo quedando sentado en tierra.

El financiero rabioso al observar el desdén del prisionero, ordenó:

—Tomarle entre dos y sacarle fuera. Vamos a los cantiles.

Texas cogido como un pelele, fue levantado en vilo y sacado al

arenal. La noche estaba un poco fresca, pero las estrellas lucían espléndidas y un resplandor de luna sobre el mar iluminaba en azul el paisaje.

El rumor de las olas al batir los cantiles era impresionante y Texas sintió un estremecimiento al ponderar el dramático momento que se le avecinaba.

Contra su voluntad, tanteó por detrás las esposas de las manos y se despojó de ellas aprisionándolas entre sus convulsos dedos. Necesitaba mucha libertad en los brazos para moverse al caer y aún se sentía atormentado por los dolores de aquella torturada postura.

Apenas había terminado de recobrar su libertad, cuando un furioso galope turbó el silencio del arenal.

Texas acometido de una corazonada, volvió anhelante la cabeza, en el momento en que era soltado contra la tierra y la voz rabiosa de Spack gritaba roncamente:

—¡Fuego, por el demonio!… ¡Disparad sin compasión!

Los tres pistoleros y el propio Spack, sacaron los revólveres con rapidez y dispararon contra el grupo, pero inmediatamente una lluvia de plomo se clavó en la arena estando a punto de acabar con él.

Jim dándose cuenta del terrible peligro que suponía el fuego ciego de aquellos hombres rabiosos, tiró de las esposas que aprisionaban sus pies y levantándose de un elástico salto, gritó:

—¡Nino!… ¡Cuidado!… ¡Que estoy aquí!

Spack enloquecido, giró rápidamente con el revólver, disparando sobre él. Texas se inclinó hurtando el cuerpo al disparo y saltó sobre el financiero atenazándole furiosamente el brazo. En aquel momento, una sombra saltó como una elástica parábola y algo gruñendo sordamente se aferró a la garganta de Spack, quien soltando el arma trató de sacudirse aquel abrazo mortal.

Era el fiel perro de Texas, quien al reconocer la voz de su amo y descubrirle luchando con Spack, había saltado en su auxilio al tiempo que todo el grupo de jinetes avanzaba en tromba.

Un pistolero había sido alcanzado y yacía en tierra y los otros dos, trataron de huir disparando sobre los jinetes, mientras Texas llamando al perro, gritó:

—¡Quieto, «Chacal»! Le quiero vivo.

El perro entendiendo la orden, se limitó a sujetar por el cuello al

millonario, hasta que Texas recogiendo el revólver que aquél había dejado caer a tierra, se lo aplicó al pecho diciendo:

—Señor Spack, esto le enseñará a no cantar victoria con demasiada premura.

Varios disparos más vibraron en la noche. Los dos rufianes cayeron mortalmente heridos y el grupo de jinetes rodeó a Texas dando gritos de alegría por su oportuna intervención.

—Nino se arrojó del caballo mostrando su vendada cabeza y pretendió ahogar a Spack, al tiempo que gemía:

—¡Mátame, manito; mátame que me lo merezco, pero antes déjame que ahogue a este sapo o así…! No me iré alegremente al infierno sin antes retorcerle el gañote.

Texas emocionado al comprobar que su fiel Nino no había muerto, exclamó:

—Basta ya, Nino, le necesito vivo… Gracias, muchachos. Habéis llegado muy a tiempo para auxiliarme, pero con eso no hemos hecho todo. Aún falta algo muy urgente.

Nino, que había sustituido al perro en la sujeción de Spack, gimió:

—¡Oh!, manito, ya sé a lo que te refieres ¡maldita sea Sonora! Yo tuve la culpa por animal y merezco que me des cuatro tiros, pero te juro que…

—Basta, sé todo lo que ha pasado. Cargar con ese hombre y llevarle a la choza. Tenemos cosas muy importantes que tratar sin perder minuto.

Tomaron el cuerpo de Spack, que después de su fracaso había perdido todas sus energías y lo trasladaron a la choza. Nino que seguía tras ellos, vacilaba a cada paso y apenas se encontraron dentro, no siendo capaz de resistir más en pie, vaciló murmurando angustiado:

—¡Ay, manito… estoy muy mal…! No sé qué tengo en la cabeza que parece que se me parte… Yo… yo… quisiera… poder… poder…

Le fue imposible terminar la frase. Como un saco desfondado cayó a tierra y Texas, dándose cuenta de su situación, gritó:

—Haceros cargo de él. Llevarle al poblado y que le cure un médico. Sólo él, que es de bronce, ha podido hacer lo que ha hecho con esa terrible herida en la cabeza.

CAPÍTULO VIII

En busca de Stella

EL financiero que había sido sólidamente amarrado, fue depositado en un rincón de la estancia, mientras Texas procedía a verificar un registro previo en la choza. No encontró nada extraño en ella. Algunas velas de sebo, un quinqué de petróleo, una vasija llena de agua potable y algunos alimentos. En cuanto al moblaje, sólo se componía de algunas toscas banquetas y un par de yacijas.

Acosado por una sed rabiosa, bebió un buen trago de agua y se guardó en el bolsillo unos trozos de torta de maíz, pues llevaba dos días sin comer. Luego, se dirigió a la estancia donde habían dejado a Spack.

Nino no se encontraba ya allí. Dos de sus compañeros habían partido al poblado con él.

Texas, antes de decidirse a obrar, solicitó de sus hombres noticias de lo sucedido y ellos le contaron todo lo que sabían y la forma presumible empleada para apoderarse de Stella.

Cuando Jim se encontró al corriente de todo, se dirigió a Spack que le miraba con ojos cargados de odio y le dijo con acento cortante:

—Señor Spack, creo que ha llegado el momento definitivo de

saldar nuestras deudas. La suerte ha jugado caprichosamente con nuestros destinos varias veces, pero espero que ahora se acabe todo para siempre. Si una vez ha resucitado usted a la vida milagrosamente, le juro que no daré ocasión para que el milagro se repita.

El financiero no contestó, pero en la mirada que lanzo a Texas estaban reflejados sus terribles sentimientos hacia él.

Jim sin hacer aprecio de su mirada, añadió:

—Me hablaban ustedes de reparaciones que les debía. Yo también voy a hablar de ellas, aunque sólo me interesa una. ¿Dónde está su sobrina Stella?

Spack apretó ferozmente los dientes y no replicó y Texas rabioso, añadió:

—¿Dónde está su sobrina Stella? Hable y no se resista si no quiere lamentarlo profundamente. Yo puedo darle una muerte dulce o una muerte horrible; eso depende de usted y para ello, el encontrar a su sobrina puede ser un paliativo.

Spack decidiéndose a hablar, replicó con voz ronca:

—Es igual, si el final va a ser uno, tanto da de una manera como de otra.

—Me temo que no piense usted igual en el momento trágico. Le doy dos minutos para hablar, bien entendido que si pasado ese tiempo no me ha contestado, le dejaré a usted en esta habitación con mi perro y sólo volveré a entrar cuando «Chacal» no haya dejado de usted un hueso sano.

Spack se estremeció aterrado al oír la amenaza. Se había dado cuenta de la ferocidad de aquel terrible animal y se sentía morir de espanto al solo pensamiento de que el perro fuese el instrumento destinado a darle muerte.

Pero tenazmente se resistió a hablar. Entregar de nuevo a su sobrina, era un golpe para sus proyectos, pero descubrir el paradero de Stella, era exponer a Zenker y a su hija a caer en manos de Texas y caídos éstos, de nada habría servido su muerte.

Desesperado, decidió resistir y apretando los dientes no contestó.

Pasaron los dos minutos y Texas implacable, llamando al perro a su lado le indicó al financiero diciendo:

—«Chacal», te lo voy a dejar para ti solo. Espero que sabrás

repetir tus hazañas de la época de la guerra.

El noble animal pareció comprenderle. Durante la guerra, cuando sólo era un cachorro, había peleado al lado de Jim y más de un enemigo había caído ferozmente destrozado bajo sus colmillos.

El perro gruñó, mostró sus trágicos dientes y con las patas delanteras adelantadas y el cuerpo inclinado próximo a saltar, esperó la orden decisiva.

Spack vio reflejada en los luminosos ojos del perro el ansia de destrucción y alocado gimió:

—¡No!… ¡No!… ¡Hablaré!…

Texas tiró del collar del perro echándole hacia atrás y acercándose a su enemigo, exclamó:

—Alguna vez tenía usted que hacer algo sensato. Dígame dónde está Stella.

—Se lo diré, pero con una condición.

—No creo que se sienta con fuerzas para imponer ninguna.

—No. Pero prefiero morir destrozado antes.

—Bien, dígala y si es aceptable, acaso…

—La promesa es que ha de respetar la vida de mi hija.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

—Sí, porque si le indico dónde y cómo puede rescatar a Stella, tendría que poner en sus manos a mi hija y a Zenker… Sé que para éste no puedo suplicar misericordia, pero para mi hija sí… Sé que no hace mucho, evitó que Zenker le matase a usted y, ¡ojalá lo hubiese consentido!… Algún día se acordará de su rasgo para tener que lamentar ser la causa de la muerte de su padre.

Texas comprendió lo justo de la amarga lamentación. Vera no sólo le salvó entonces de una muerte cierta, sino que había contribuido a su salvación en un doble sentido.

No queriendo descubrir lo que ella había hecho en su favor, exclamó:

—Bien, voy a aceptar su condición, aunque no necesitaba usted apelar a su cariño de padre. Yo no soy un asesino vulgar y despiadado como usted, capaz de suprimir fríamente a una mujer. Respetaré su vida, pero me reservo ponerla en situación de que nunca más pueda reanudar sus actividades canallescas. Dígame dónde están.

—En este momento lo ignoro, pero rodando a galope por las

carreteras de California con dirección a la frontera mejicana. De acuerdo con Zenker, decidimos llevarnos a Stella fuera de Norteamérica y les envié por delante prometiéndoles reunirme con ellos en Yuma. De no alcanzarles en el camino, sólo allí es posible localizarles.

—¿Cuánto tiempo llevan de ventaja? —preguntó Texas rabioso.

El financiero mintiendo, exclamó:

—Bastante. Salieron inmediatamente de llegar yo y no sé la ruta que habrá elegido Zenker. No puedo decirle más.

Texas se quedó ponderando la situación. Conocía al astuto secretario y estaba convencido de que éste tomaría toda clase de precauciones para desorientarle en el caso de suponer que Spack fracasase y perdería mucho tiempo en caminar de un lado para otro realizando investigaciones premiosas. Lo más seguro era adelantarse a él, llegando a Yuma mucho antes que sus enemigos. Allí podía cogerles de sorpresa mientras que en el camino no sería tan fácil.

Después de un momento de duda, exclamó:

—Bien, no crea que confío mucho en su declaración y he de confirmarla. De momento, conservaré su vida, pero si después compruebo que me ha engañado, la muerte que le reservo va a ser espantosa.

Como Texas se encontraba agotado y molido de las trágicas jomadas sufridas, decidió tomarse un descanso antes de emprender la marcha y dejando dos hombres de vigilancia y a «Chacal» atravesado sobre la puerta, se dirigió a una de las yacijas y se tumbó quedando dormido poco después.

Estaba el sol bastante alto cuando despertó. Le dolía todo el cuerpo enormemente y sobre todo, las coyunturas de los brazos, pero se sentía más fuerte y animoso, pensando en Stella y en su posible salvación.

Reunió a sus hombres ordenando:

—Vais a volver al rancho donde conduciréis a este tipo. Ponedle bajo la vigilancia de «Chacal» y vosotros me respondéis de él con vuestra vida. Lo necesito para cuando regrese. Uno de vosotros vendrá conmigo, en cuanto a Nino, voy a ver cómo se encuentra antes de marchar.

Dio orden de que le esperasen y montando en «Rayo», pues «Huracán» había quedado en el rancho, se dirigió al poblado.

Nino después de curado, quedó en una posada al cuidado de uno de sus compañeros. El mejicano se hallaba muy animado después de la excelente cura que el médico del pueblo le hiciera y pretendía levantarse del lecho para reunirse con su jefe.

Cuando éste penetró, en la estancia, el mejicano con cara muy compungida, gruñó:

—¡Manito Texas, por la virgen de Guadalupe, llévate a este pringao que no me deja moverme o así de aquí! Se ha creído que soy un mejicanito blando y estoy viendo que aún me va a hacer tomar biberón ¡maldita sea Jalisco!… Esto no es decente.

—¡Cálmate, Nino!, necesitas reposo. ¡Te han dejado ese coco bastante resquebrajado, creo yo!

—¡Qué va!… Si apenas ha sido una caricia, manito… Lo tengo muy duro.

—Bien; cuando estés mejor, te marcharás al rancho. Allí he enviado a Spack hasta mi regreso.

—¿Tu regreso? ¡Maldita sea Sonora! ¿Dónde diablos vas?

—A Yuma. Voy en busca de Stella.

El mejicano antes de que nadie le pudiera retener, se arrojó del lecho y echando manos a sus calzones mejicanos, rugió:

—¡Repinto! ¿Tú solo a Yuma en busca de la señorita? ¡Cien mil pares de cuernos! Tú no vas sin mí.

—Tú no puedes ir, Nino.

—Iré aunque me mates y tenga que llevar mi cadáver atado a la silla de mi caballo. Esos pringaos me robaron a la señorita y me estropearon el coco y yo tengo que ir a cobrarme la hazaña… No me digas que no, manito, ¡maldita sea Guadalajara!, o hemos terminado para siempre.

—Pero si no estás en condiciones… además, no tengo aquí a «Huracán» y necesito tu montura…

—Bueno va, te la quedas, yo monto en el último pinto o me voy a pie, pero yo voy ¡maldito sea el infierno!…

Como no hubo forma de convencerle, Texas accedió. Le satisfacía la voluntad y adhesión de Nino, pero precisamente porque le quería como a un hermano, no quería exponerle a un viaje como aquél en semejantes condiciones.

Hizo que le practicasen una nueva cura antes de partir y se agenció un botiquín para atenderle durante el camino y después

regresaron a la choza.

Mediado el día, todo estaba preparado para la marcha. Varios peones se habían procurado alimentos para el viaje y algunos útiles de cocinar, los cuales fueron encerrados en bolsas colgados de las sillas y mientras los peones partían hacia el rancho, Texas, Nino y uno de los miembros del equipo, abandonaron Sherwood, emprendiendo el viaje hacia el Sur.

Realizarían indagaciones durante el viaje para tratar de localizar a los fugitivos y si no tenían suerte, bajarían hasta, Yuma, aunque la jornada de 500 millas iba a resultar de una dureza extraordinaria.

* * *

El carruaje en el que viajaban Vera, Zenker y Stella, abandonó Sherwood y en lugar de dirigirse por la senda general, atravesó un terreno árido y buscó un camino de herradura que se dirigía hacia el Este.

De común acuerdo y siempre recelosos de un nuevo fracaso, habían acordado una ruta que despistase en caso de persecución. Abandonarían la zona costera, se internarían buscando más hacia dentro la línea del Sud Pacific y se detendrían en Sites, donde esperarían a Spack para reunirse con él y bajar hacia la frontera. Era cierto que la idea de Spack era llevar a su sobrina al otro lado de la divisoria y si bien Yuma era un lugar fronterizo, nada se había acordado en concretó, pues los detalles se acoplarían a las necesidades del viaje.

Pero el financiero presumía que faltando él, se dirigirían a dicho poblado, aunque nunca estaba seguro de las reacciones de su secretario.

Tal como se habían puesto las cosas, nada le importaba la suerte que pudiese correr Zenker. El incidente con su hija le advertía, que faltando él se iban a producir unas luchas muy duras y en este caso prefería que Zenker cayese con él, siempre que Vera quedase libre, pudiendo elegir el camino que más le agradase para su futura vida.

Por otra parte, cuanto más durase la ausencia de Texas, más días viviría y no perdía la esperanza durante este tiempo, de poder burlar la estrecha vigilancia ejercida sobre él, o acaso encontrar modo de sobornar a alguien que le ayudase a huir de su prisión.

Durante el largo viaje, no cambiaron palabra alguna entre ellos. Los dos se miraban torvamente y ninguno se perdonaba los agravios que se habían inferido. Las miradas que de reojo lanzaba Vera a Zenker, eran de desdén, mientras que las de éste eran de rabia infinita. Le había herido, le había humillado ante su rival y le había dado a entender que no sólo le odiaba, sino que estaba enamorada de su terrible enemigo y esto era algo que el feroz secretario no estaba dispuesto a perdonar.

La infeliz Stella entretanto, tirada en el interior del carruaje, se revolvía dolorida de la presión de sus ligaduras y se asfixiaba bajo la angustia de la mordaza, pero nadie sentía compasión de ella. Ni Vera ni Zenker estaban dispuestos, a liberarla de aquel tormento por temor a que en un momento dado, pudiese gritar solicitando auxilio y les pusiese en un grave compromiso.

Cuando el sol empezó a lucir, Zenker dio orden al rufián que conducía el carruaje de buscar un buen cobijo en un bosque cercano. Allí desengancharon el ganado, comieron algunos fiambres que llevaban en el carruaje y mientras el conductor buscaba la sombra de unos helechos para dormir hasta la caída de la tarde, Vera quitó la mordaza a su prima, aflojó las ligaduras de sus delicadas piernas y la obligó a salir del carruaje para darle algún alimento.

La muchacha, pálida y sofocada, sólo bebió agua en gran cantidad y cuando quedó sentada sobre la hierba bajo la vigilancia de Zenker y de su prima, se dirigió a ella en tono suplicante, diciendo:

—¡Vera!… ¿Qué te he hecho yo para que me trates tan cruelmente? Siempre he sido buena para ti… Recuerda que hasta cuando Texas te tuvo presa, hice que no sufrieras el más mínimo vejamen… ¿es esto lo que merezco a cambio?

Vera, con la mirada endurecida, repuso:

—¡Cállate, mosca muerta!… ¡Tú siempre has sabido disimular tus sentimientos bajo la capa de la hipocresía! Yo sé que me odias a muerte y que solo deseas mi ruina.

—¿Yo? Si acaso vosotros. Yo jamás os reclamé nada, aunque os habíais apropiado de lo mío. Por otra parte con lo que he rescatado me conformo. Tengo para vivir discretamente y no deseo más. El resto te lo regalo.

—Gracias, eres muy generosa, pero ya no se trata de dinero. Hay muchas cosas por medio que nos separan para siempre. En el terreno que nos debatimos sobra una u otra.

—¿Por qué?

—Tú lo sabes. No me obligues a hablar más.

Zenker, que asistía tenso a la discusión, entendió que podía mortificar a Vera con sus intervenciones y dijo irónico:

—¿Acaso no lo sabe usted, Stella? Su prima no le perdonará nunca que se haya enamorado de Texas.

Stella se sonrojó hasta el blanco de los ojos y murmuró:

—Aunque eso fuese cierto, ¿en qué le perjudico yo?… Ella debe odiar a Texas y Texas le odia a ella.

Vera, sin poderse contener, se puso en pie rugiendo:

—Eso es lo que te interesa a ti, arpía. Que me odie… Sin ti, quizá no hubiese sido así… si tú no hubieses existido, quizá desde el primer día que nos conocimos yo hubiese podido atraérmelo. Pero tú lo has impedido. Ahora te ama a ti y yo…

Stella, ante la revelación, se llevó las manos al pecho para contener los latidos de su corazón y musitó:

—¡No digas eso, Vera! Texas no me ama… jamás me ha dicho nada que…

—¡Cállate, hipócrita, embustera! ¡No te ha dicho nada! Y tú eres tan simple que no lo has leído en sus ojos. ¿O es que crees que todos los peligros que ha corrido por ti los ha corrido graciosamente para que luego fueses para otro? ¿No lo sabias? Pues ahora lo sabes, pero escúchame bien, es tarde para ti. A estas horas, Texas estará sirviendo de pasto a los peces en el fondo del ruar, donde habrá sido arrojado con unas esposas de hierro a las manos y a los pies.

Stella se incorporó como impulsada por un resorte, abrió mucho los ojos, contrajo la boca en una mueca dolorosa y lanzando un grito impresionante, cayó a tierra privada de conocimiento.

Vera rio con una carcajada diabólica y Zenker, dándose cuenta de todo el rencor que era capaz de albergar en su pecho, rencor que también le alcanzaba a él, exclamó mordaz:

—¿Y usted era la que presumía de femenina? Casi estoy por agradecer que se haya arrepentido, de aceptar mi proposición de matrimonio. La creo capaz de haberme matado a tiros cualquier día como a un perro rabioso.

Ella, con desdén, escupió la respuesta.

—Hasta las fieras tienen derecho a defenderse contra las mismas fieras, cuando éstas pueden aniquilarlas. Supongo que no pretenderá sentar plaza de santo.

—No, pero me he convencido de que los hay peores que yo.

—Tendría que verlo… En fin, creo que la discusión es vana. Aunque tarde, todos nos hemos conocido. Espero que cuando este asunto acabe, cada uno emprenderá un camino distinto.

—Ya hablaremos de eso. ¿O cree usted que desaparecido Texas, le van a coronar de flores por la hazaña? Usted no ignora que estaba, bien protegido y que contaba con influencias poderosas. Alguien está enterado de nuestros asuntos y cuando le echen de menos, nos buscarán como a lobos rabiosos. Quizá sea un bien que nos separemos. Yo por mi parte, sin impedimenta alguna, confío en evadirme mejor que acompañado.

—Sí, pero acompañado… usted nos dejaría como carne de cebo y se aprovecharía de ello.

Zenker, rabioso, quizá por saberse adivinado, se revolvió rugiendo:

—¡Arpía! ¡Chacal!

Vera rio al verle exasperado y atando de nuevo a su prima para que no pudiese revolverse al volver en sí, buscó un lugar propicio donde conciliar el sueño y se tumbó debajo de unos helechos, mientras Zenker, rabioso y pensativo, eligió un lugar lejano, entregándose a íntimos y ásperos pensamientos antes de decidirse a dormir un rato.

CAPÍTULO IX

Cambio de mandos

AL anochecer, decidieron ponerse en camino. Stella había vuelto en sí del desmayo y en sus ojos se observaba el paño cristalino de unas lágrimas dolorosas vertidas en silencio, lágrimas que a Vera le produjeron una rabia mayor.

La obligó a subir al carruaje colmándola de insultos y gozándose en su dolor y poco después, el vehículo se ponía en marcha.

Galoparon casi toda la noche por senderos extraviados que se alejaban de la senda frecuentada. Aunque el calesín llevaba unas cortinillas para evitar miradas indiscretas, temían cualquier contingencia que pudiera descubrirles.

Aún faltaba más de una hora para la salida del sol, cuando dieron vista a Sites, pueblo en el que habían quedado citados.

Pero contando con que no podían entrar en él con Stella, Spack había elegido un terreno montañoso al Este del poblado, donde existían unas grandes cuevas cubiertas de hojarasca que podían ocultarles y ocultar el calesín.

Zenker se ocupó de acondicionar todo, e impaciente esperó el regreso del financiero. En sus soliloquios, había decidido plantear el problema a su jefe y acordar la separación a base de ser retribuido

por sus valiosos servicios. Adivinaba que la muerte de Texas iba a producir un enorme revuelo y a acarrearles una persecución feroz de la que en masa les sería más difícil evadirse.

Por otra parte, perdidas las esperanzas de conseguir el amor de Vera, ya nada le importaba ésta. Se hubiese vengado de ella de alguna forma si hubiese podido, pero demasiadas complicaciones tenía encima para provocar además una lucha con Spack, quien conocía demasiado su vida u sus recursos para no resultar un enemigo terrible.

Stella fue recluida en una pequeña cueva a la que dieron guardia los tres por turno. Según los cálculos hechos por Spack, su llegada a Sites se realizaría dos o tres horas después que ellos, ya que el tiempo a invertir en hacer desaparecer a Texas sería ínfimo.

Las primeras horas del día transcurrieron lentas pero tranquilas. La tardanza del financiero no era alarmante y podía haber sufrido algún ligero retraso por caminar a caballo, pero conforme avanzaba la tarde, una viva inquietud se fue apoderando de ellos.

No se explicaban la tardanza y el temor se adueñaba de sus nervios, produciéndoles una viva irritación.

Cuando por fin llegó la noche, Vera estaba angustiada. El corazón le advertía que algo grave había sucedido y se preguntaba con dolor, si Texas faltando a su palabra, no habría intentado algún golpe audaz de los suyos liberándose antes de tiempo y luchando contra su padre y sus hombres hasta vencerlos.

Esta posibilidad prendió en sus venas fuego de locura. Si así había sido, no se lo perdonaría nunca y aunque le cosiesen a tiros, juraba buscar a Texas y matarle donde lograse localizarle.

Zenker que también admitía la posibilidad de un fracaso, aunque sin sospechar los motivos que Vera temía, no pudo resistir aquel silencio ominoso que reinaba entre ellos y acercándose a la joven exclamó:

—Y bien, ¿qué sospecha usted?

Vera iba a contestarle con furia, pero se contuvo. Eran momentos en que no podían permanecer desunidos y su astucia de mujer le pedía contemporizar.

Angustiosamente, repuso:

—No sé qué pensar, Zenker… Este retraso es alarmante.

—Lo es y estoy pensando…

—¿En qué?

—En que su padre ha retrasado mucho la puesta en marcha de sus planes. ¿Quién dice que no se descubrió el rapto y si sabían que Texas había ido a Sherwood no galoparon hasta allí, sorprendiéndole en el momento culminante?

Vera admitió la sugerencia. También podía haber sucedido así, en cuyo caso todo sería obra de la fatalidad y no una traición de Texas, al que no creía tan ruin. Pero como la posibilidad de la forma de desarrollarse los sucesos en nada variaba el resultado, exclamó:

—En ese caso, ¿qué cree usted que haya sucedido?

—Que pueden haber llegado a tiempo de liberar a ese condenado y capturar a su padre, si no es que ha muerto defendiéndose antes que entregarse.

Vera sintió que la angustia le ahogaba. Si esto hubiese sucedido así, ¿qué le cabía hacer? Se encontraba sola y sólo podía contar con la ayuda de aquel hombre, del que se había declarado enemiga irreconciliable.

—Si así fuese —preguntó medrosa— ¿qué podríamos intentar?

Zenker sonrió irónicamente y repuso:

—No sé… siendo usted su hija y yo su criado, usted es la que debe dar órdenes. Mi deber es no tomar iniciativas.

Ella acusó el golpe diciendo:

—Admito sus reproches, pero no en esta ocasión. Es la vida de mi padre la que está en juego.

—Claro, pero lo está por su culpa. Si me hubiese dejado matar a Texas cuando yo quise…

—No debía hacerlo sin autorización de mi padre.

—¿Qué pretendía su padre sino deshacerse de él? Antes o después, ¿qué más le daba?

—Pretendía arrancarle lo que nos robó.

—Bien, no discutamos. Eso pasó a la historia. Ahora queda la realidad. El peligro de su padre y seguramente el nuestro.

—¿Nadie sabe dónde estamos?

—Pueden haberle obligado a decirlo. Usted no puede olvidar que Texas trata de salvar a Stella por todos los medios.

—La mataré antes —dijo ella resuelta.

—Y cometerá otro disparate. Si su padre está en manos de ese

chacal, sólo la vida de su prima puede servir para un canje… No lo olvide.

Vera se mordió los labios. Zenker hablaba con sentido común y tenía que reconocerlo así.

—¿Qué cree usted que debemos hacer?

—Esperar. La tardanza es chocante, pero no desesperada, puede ser motivada por causas muy ajenas a lo que sospechamos.

—¡Ojalá sea así, Zenker!… Si mi padre hubiese muerto…

No se atrevió a completar su pensamiento, pero había tal ferocidad en su acento, que hasta el propio Zenker se estremeció de miedo.

La noche fue transcurriendo lenta y agobiadora. A la tensión nerviosa sucedía un aplanamiento letal, una especie de sopor, del que no podían evadirse a pesar de sus preocupaciones y de manera insensible, vencidos por el cansancio de las jornadas, por el sueño atrasado y por el silencio aplastante que reinaba en torno a ellos, se quedaron dormidos bien avanzada la noche.

* * *

Quien en cambio no dormía, era Stella, El terrible dolor que la revelación de su prima había abierto en su alma, la tenía en vela como si el sueño no existiese para ella y un furor sordo que fue transformando su espíritu dulce y delicado, empezó a adueñarse de todos sus sentidos.

Si Texas había muerto a manos de aquellos monstruos, ella también estaba condenada a morir más o menos tarde y un ansia loca de vivir no era para ella, sino para vengar la muerte del hombre amado, germinó en su pecho y empezó a prestarle unos ánimos heroicos que no poseía.

Tenía que evadirse de las garras de su prima y de Zenker, huir lejos, denunciarles a las autoridades y hacer que fuesen buscados y apresados para responder del horrendo crimen. Texas era el hombre más bueno de la tierra y ella que tantos favores había recibido de él, era la llamada a vengarle.

Esta idea tomó tal cuerpo en su mente, que llegó a constituir su obsesión y firmemente decidida a poner en práctica, se dedicó a estudiar la posibilidad de llevarla a efecto.

Mediada la noche y aprovechando el fulgor de las estrellas, echó un vistazo hacia afuera. Vera que vigilaba su prisión se había quedado dormida recostada contra un árbol. Tenía la cabeza inclinada a un lado y su sueño parecía profundo.

Stella se miró las manos con desesperación. Sus ligaduras no eran cadenas precisamente, pero para un temperamento tan delicado como el suyo se le antojaban cables trenzados.

En su desesperación, tropezó con una arista de la piedra que formaba la entrada de la cueva, rozando las cuerdas y este incidente le dio la solución.

Afanosa, empezó a frotarlas contra la arista arañándose la piel, pero desgastando el cáñamo y así, en menos de un cuarto de hora, consiguió ver libres sus manos. Las muñecas le dolían horriblemente de la presión, friccionándolas, consiguió paliar el dolor y restablecer la circulación de la sangre.

Ya libres sus manos, se arrancó la mordaza respirando con fruición el aire fresco de la noche y desató las cuerdas. ¡Estaba libre!

Con el corazón palpitante de angustia, se asomó al exterior. Zenker dormía también bastante más alejado y en cuanto al conductor del carruaje, no le vio.

Por un momento quedó indecisa, no sabía qué actitud tomar, pero algo tenía que hacer si no quería perder aquella oportunidad única que se le presentaba.

Las luces del pueblo la fascinaron. Si lograba alcanzarlo antes de que se descubriese su fuga, allí podría encontrar alguna autoridad que le protegiese.

Ansiosamente se deslizo por la hierba cuidando de pisar con suavidad y así, poco a poco, temiendo a cada instante que sus terribles enemigos despertasen y frustrasen su fuga, se fue alejando de aquel terreno con la nublada vista fija en las luces del poblado.

Cuando dejó atrás a sus opresores echó a correr con toda la celeridad que su emoción le permitía y por fin alcanzó la polvorienta senda.

Al otro lado, empezaba a extenderse el pueblo. Las primeras casas protegidas por tapiales, salieron a su vacilante paso. Stella tuvo que apoyarse en los tapiales para no caer víctima de la alegría que ello inundaba su alma y así, a paso lento, como si arrastrase

plomo en sus pies, siguió avanzando.

Enfocó una calle, algunas luces brillaban a través de las puertas y ventanas; de los interiores surgían voces varoniles, risas, juramentos; Stella se apartó temerosa y buscó lugares más alejados. Por fin, llegó a una plaza. La luz de la luna iluminó los edificios y en uno descubrió un rótulo que le emocionó, eran las oficinas del *sheriff*.

Stella avanzó y temblando de angustia, aporreó la puerta con ansia, alguien contestó dentro, luego, se abrió la puerta y cuando la figura del *sheriff* aparecía en el vano, Stella incapaz de resistir más, se desmayó siendo recogida por él antes de caer…

* * *

Vera despertó bruscamente como si hubiese vibrado un rotundo cañonazo. El silencio era absoluto y sin embargo, sentía una sensación de zozobra y peligro inmediato que le alarmó.

Bruscamente se puso en pie llevando la mano al revólver que guardaba en su bolsillo y requisó los alrededores, pero no descubrió nada alarmante. Zenker dormía y de no haberse despertado él, no había razón para que ella sintiese tal sensación de miedo.

Más tranquila regresó de nuevo a su sitio. Ya no poseía sueño. Este había huido de sus párpados y de nuevo la angustia de pensar en la ausencia de su padre le atormentó.

De modo inconsciente, al pasar por delante de la boca de la cueva, miró al interior oscuro. Nada podía ver, pero fue una mirada casual. Luego, bajó los ojos a tierra y al hacerlo quedó envarada.

Sobre la húmeda y verde hierba, se destacaba la nota amarillenta de unos trozos de cuerda.

Al tomarlos comprobó que habían sido rozados. Los flecos de las rozaduras se mostraban en los extremos, mientras el fuerte nudo aparecía sin deshacer y adivinando la verdad, lanzó un rugido de desesperación y penetró en la cueva palpando las paredes con ansia y llamando con voz ronca a Stella.

A sus gritos, Zenker despertó sobresaltado empuñando el revólver. Rápido corrió a la cueva, cuando Vera temblando de angustia salió de ella pálida y desencajada:

—¡Oh, Zenker! —gimió—. ¡Stella… se ha escapado!

El secretario emitió una terrible maldición y atenazando a la joven por un brazo, rugió:

—¿Qué ha hecho usted, estúpida, inútil?

Ella, ante el insulto, se revolvió tratando de administrar un bofetón a Zenker, pero éste se había puesto tan furioso, que sin respeto a su sexo le devolvió el intento aplicándole dos sonoras bofetadas.

—¡Idiota!… ¡Vanidosa… orgullosa del demonio! ¿Sabe lo que ha hecho con eso? Pues ponernos a todos el dogal al cuello.

Vera acusando los efectos de las dos sonoras bofetadas gimió:

—¡Oh Dios!… Yo… yo… me dormí sin querer y… esa arpía…

—¡No se lamente más, que con eso no ganaremos nada!… ¡Hay que buscarla, rápidos!

El conductor del calesín que había despertado lleno de alarma, se unió a Zenker y los tres, como locos, recorrieron el bosque y las cortadas próximas sin sospechar que la joven se hubiese dirigido al poblado.

Tras media hora de inútil búsqueda, regresaron a la cueva pálidos, y deshechos. No podían sospechar dónde se había dirigido Stella, pero sí adivinaban que su huida les ponía en un peligro terrible.

Zenker recobrando el primero su aplomo, rugió:

—¡Pronto! Engancha los caballos… Al calesín. Tenemos que huir de aquí a toda prisa antes de que tenga tiempo a denunciarnos y se pongan en movimiento para localizar nuestra presencia.

Vera que aún abrigaba una remota esperanza de ver regresar a su padre, exclamó angustiada:

—Pero… ¿Y mi padre? Si regresase.

Zenker brutalmente, repuso:

—Si es usted tan estúpida y suicida que quiere verse colgada, tanto si él regresa como si no, quédese. A mí eso me tiene sin cuidado, pero yo no esperaré aquí ni un minuto más… Mi vida vale por todas las del mundo…

—¡Es usted un egoísta salvaje!

—¡Y usted una imbécil! Si algo sucede, cúlpese a usted misma por descuidada. Le tocaba a usted la vigilancia y yo estoy libre de todo pecado.

Vera vaciló durante algunos minutos mientras enganchaban los

caballos, pero al fin, comprendiendo que se iba a exponer tontamente, se decidió y llena de rabia se dirigió al coche.

Cuando iba a subir. Zenker la detuvo advirtiendo:

—Bien, antes de que suba, escuche esto. Su padre como si no existiese; de no haber llegado ya, es que ha caído en manos de nuestros enemigos y usted, después de poner de manifiesto lo inútil que es, tampoco posee valor alguno. Soy el que desde ahora tomará el mando y la iniciativa y no admito discusiones e imposiciones de nadie. Si le conviene unirse a mí, la acepto por misericordia en atención a su padre, pero no porque usted haya hecho nada por merecerlo. La sacaré de este pozo y después… después tendremos que tratar minuciosamente si conviene o no seguir nuestra sociedad, no sólo para salvarnos sino para vengarnos. Si es así, cada cosa tiene su precio y del que yo imponga hablaremos más despacio.

Vera se sintió terriblemente humillada con las agrias palabras de Zenker y estuvo a punto de no subir al carruaje, pero el deseo de vengar a su padre si éste había caído en manos de sus enemigos, fue superior a sus personales sentimientos y ascendió rabiosa diciendo:

—¡Es usted un chacal que se aprovecha de los despojos!… Bien; hablaremos todo lo que usted quiera…

Él sonrió gozoso de comprobar que empezaba a vengarse de los insultos y humillaciones que ella le había inferido y cerrando la portezuela, ordenó:



—No sigas la senda. Métete por donde buenamente puedas entre el bosque y este terreno del demonio y busca la línea del ferrocarril de la costa. Si conseguimos llegar a Ukiah antes de que nos den alcance, podemos tomar el tren allí y evaporarnos antes de que se den cuenta de ello.

El tren corre más que los más veloces caballos.

CAPÍTULO ÚLTIMO

NINO, DA LA SOLUCIÓN

EL *sheriff* de Sites se sintió altamente alarmado al descubrir a tales horas a las puertas de su oficina a aquella joven bella, elegantemente vestida y con señales de haber sido aprisionada y comprendiendo que algo grave le sucedía, se apresuró a introducirla en el interior, haciendo levantar a su esposa para que se preocupase de atenderla.

Stella fue colocada en un lecho donde le aplicaron compresas de agua fría a la cabeza, mientras el *sheriff*, hombre práctico en las cosas del Oeste, introducía pequeñas porciones de coñac en la contraída boca de la joven, para intentar una reacción.

Durante más de una hora, lucharon por devolverle el conocimiento, hasta que pasado este tiempo, Stella empezó a dar señales de volver a la vida.

Súbitamente estalló en sollozos estrangulados que asustaron al *sheriff*, pero su esposa dijo:

—Déjala que llore, eso la ayudará a desahogarse y a recobrar antes la memoria.

En efecto, como si las lágrimas fuesen un velo que obscureciese sus recuerdos, cuando por fin consiguió dominar su llanto, miró a la

esposa del *sheriff* preguntando angustiada:

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde estoy?

—No se alarme, muchacha —dijo ella cariñosa—. Está usted en sitio seguro. Estas son las oficinas del *sheriff* de Sites.

—¿Sites? ¿Dónde está este pueblo?

—¿Dónde va a estar joven?, en California.

—Pero… ¿Muy lejos de Sherwod?

El *sheriff* intervino para afirmar:

—A unas cuarenta millas en línea recta poco más o menos.

Ella se cubrió los ojos con las manos murmurando:

—¡Qué lejos!…

El matrimonio se miró y luego el *sheriff* cariñosamente, preguntó:

—Joven, ¿cree usted estar en condiciones de explicarnos cómo ha llegado usted a aquí a estas horas de la madrugada?

—¡Oh, sí, ya me acuerdo! ¡Me escapé!

—¿Se escapó de dónde?

—De las manos de Zenker y de mi prima Vera. Querían matarme como han matado al pobre Jim.

El *sheriff* se envaró al oírla, hablaba de crímenes y aquello para una autoridad como él era algo serio y urgente.

Cariñosamente repuso:

—Serénese y cuénteme todo lo que pueda. Tenga en cuenta que si no, nada podré hacer si aún es tiempo de hacer algo.

Stella por un poderoso esfuerzo de voluntad, reconcentró sus pensamientos y de una forma un poco confusa, pero lo suficientemente clara para que el *sheriff* se hiciese una idea de lo sucedido, explicó su odisea desde que regresaran de la mina hasta el momento de su fuga.

El nombre de Texas era tan popular, sobre todo en California, que el *sheriff* se envaró al oír que le habían dado muerte y preguntó:

—¿Está usted segura de ello?

—Eso me aseguró mi prima. Le tendieron una emboscada para deshacerse de él en Sherwood. ¡Ya nada se puede hacer por él!

El *sheriff*, hombre enérgico y activo, dejó a Stella al cuidado de su esposa, y abandonando las oficinas se dedicó a visitar varias casas para reclutar gente que le sirviese de ayudantes. En cuanto amaneciese, se dirigiría al lugar donde Stella estuvo recluida en la

cueva y estaba dispuesto a seguir la pista de Zenker y Vera hasta donde humanamente fuese posible.

Antes de amanecer, tenía doce hombres a caballo esperando órdenes y volviendo a la casa, preguntó a Stella:

—¿Sería usted capaz de llevarme al sitio de donde se fugó?

—Creo que sí… Lo intentaré.

—Yo le proporcionaré un caballo. Está, usted muy cansada.

—Gracias, pero ya estoy fuerte. Quiero ir con ustedes.

Apenas, la claridad lo permitió, Stella, cuando salió del pueblo, pareció reconocer el camino, pues sin muchas, dudas consiguió llegar al sitio de la cueva.

Aún pudieron encontrar vestigios de su estancia, como las cuerdas rotas y algunas latas vacías de conserva, así como huellas de numerosas pisadas sobre la húmeda hierba.

—Bien —dijo el *sheriff*— este es el lugar. Ahora busquemos por donde han huido.

Sus ayudantes se disgregaron por el terreno y poco después, uno gritaba:

—Aquí, *sheriff*. Vea estas huellas.

El aludido examinó el terreno. En él, se habían marcado con claridad las rodadas del calesín.

—¡A caballo! —ordenó el *sheriff*-Sigamos esas huellas… Usted señorita, puede volverse a mis oficinas hasta que yo regrese.

—No —gritó ella enérgica, les acompañaré. Quiero quedar convencida de que Texas ha muerto, dónde y cómo y eso sólo podré oírlo de labios de esa pareja de malvados.

—Pues si se encuentra usted con ánimos, adelante, aunque posiblemente la jornada será bastante dura.

—No me importa; por él… ¡todo; hasta la vida!

Mediado el día, alcanzaron una especie de senda, que cortaba diagonalmente el terreno hacia el Sur. Debía haber sido trazada por el continuado paso de ganado hacia la carretera de la costa, pero seguía casi recta aunque llena de polvo.

Las huellas se bifurcaban en la senda y aunque a trechos se perdían, pues el aire al levantar el polvo las borraba, las volvían a encontrar siguiéndolas con obstinación.

—Se dirigen a la costa —advirtió el *sheriff*— por allí hay más tráfico y contarán con la contingencia del paso de otros carruajes

para despistarnos.

—Hay que alcanzarles antes-objetó uno-sino… pueden buscar algún lugar costero donde embarcarse y burlarnos.

—También pueden alcanzar la línea del ferrocarril y dirigirse a Sacramento. Allí se perderían y resultaría muy difícil localizarlos.

Estimulados por estas posibilidades que frustrarían todos sus esfuerzos, avivaron el trote de los caballos senda adelante, casi seguros de dar alcance al carruaje antes de que los fugitivos burlasen su persecución.

Stella rígida en la silla, seguía al *sheriff* como un autómata. Su pensamiento estaba muy lejos de la realidad de la caza y aunque anhelaba dar alcance a la pareja, sólo pensaba con lacerante dolor en Texas, al que ya consideraba perdido para siempre.

Por fin, mediada la tarde, abandonaron aquel sendero polvoriento para enfocar la carretera de la costa, habían galopado sin interrupción casi veinte millas y no se explicaban cómo no habían podido dar alcance al calesín.

Ya en aquel ancho camino costero, árido y arenoso, las huellas se perdían en el piso. Solamente la velocidad podía llevarles a alcanzar a los fugitivos.

Un viento Sur soplaba levantando turbonadas de polvo y el grupo rabioso por aquello que consideraban un fracaso, se lanzó a todo galope hacia adelante…

* * *

Era ya avanzado el día, cuando Texas, después de recoger a Nino y al peón emprendió la ciega persecución de Zenker y Vera.

Galopaban desorientados, pero confiaban en que la pareja segura de que más o menos tarde se uniría a ellos el financiero, no tomarían ninguna precaución para borrar su ruta y seguirían el camino recto por la costa.

Si pasadas varias horas no conseguían alcanzarles, sería cosa de estudiar las posibilidades que habían tenido de abandonar aquel camino y calcular el que habían seguido por el interior.

Nino animoso, cabalgaba con los dientes apretados. La cabeza le dolía horriblemente a causa del vaivén del caballo, pero se aguantaba los dolores, seguro de que si Texas se daba cuenta de

ello, le dejaría abandonado en el primer pueblo por el que pasasen.

Al llegar la noche, desanimados y cansados, decidieron hacer alto en un parador que descubrieron junto a la carretera. Nino estaba agotado y necesitaba reponer fuerzas para seguir adelante.

Aunque preguntaron si había parado allí el calesín, no les dieron razón alguna y Nino a pesar de su pesadez de cabeza, gruñó:

—Bueno va, manito. No preguntes bobadas, creo yo. ¿Cómo iban a parar aquí llevando a la muchacha atada como a un fardo o así?

—Tienes razón… Estoy loco, Nino… Si no encuentro a Stella…

—Si no la encuentras, ¡maldita sea Sonora!, me pegas cuatro tintos y en paz… Yo he tenido la culpa de todo y antes que verte sufrir así, o me matas o me tiro por un barranco abajo.

—No digas estupideces, Nino declaró Texas. —Lo mismo me la hubiesen robado a mí si no en esa forma en otra… No soy tan obtuso que no de el valor que poseen mis enemigos.

Cenaron desganados y se acostaron durmiendo más por el cansancio que por sueño y apenas rayó el día, volvieron a montar a caballo lanzándose hacia el Sur.

Desde aquel instante, Texas abandonó la carretera de la costa para avanzar por el terreno herbóreo y algo accidentado que se dilataba a su izquierda. Temía que para despistar, caminasen fuera del sendero general, evitando con ello que alguien pudiese señalar su pista.

Esto le hacía perder terreno y tiempo, pero estaba decidido a llegar a Yuma registrando todo el Oeste de punta a punta.

Ahora, decidió internarse para seguir de cerca la línea férrea. Bien podían buscar la forma de seguir aquel camino menos viable y si al morir el día no conseguía ninguna pista, se dirigirían a Sacramento, tomarían el tren y marcharían directamente a. Yuma.

Así, siguieron caminando hasta que el terreno se vio cortado por una senda áspera, que en sentido transversal se dirigía de nuevo a la costa.

Texas iba a cruzarla, cuando al pasar junto a un árbol que rozaba la senda, descubrió algo que flotaba. Era un pedazo de tela suave y transparente, de un color morado, que le trajo algo a la memoria y de modo inconsciente se detuvo para examinarlo.

Se trataba de un trozo de un velo suave, usado para preservarse del polvo y, el color le recordó que había visto uno igual al cuello

de Vera.

Lanzando un rugido de alegría, exclamó:

—¡A la derecha, por la senda!, han pasado por aquí.

A todo galope, siguieron la senda hasta que mediada la tarde, volvieron a salir a la dura carretera de la costa.

Sin perder ritmo ni velocidad, se lanzaron por ella y media hora después, una espesa nube de polvo de un grupo de jinetes que galopaban por delante, les molestó terriblemente, pues les cegaba y resecaba sus gargantas.

Pronto tomaron contacto con los caballistas más rezagados. Texas, a pesar de la mala visibilidad, observó que las monturas sudaban copiosamente y que daban muestras de agotamiento.

Adelantándose, cruzó entre dos jinetes y sus ojos miraron hacia la izquierda, descubriendo sobre el pecho de uno de ellos una estrella de *sheriff*, pero cuando iba a dejarles atrás un grito indescriptible de alegría, de espanto, de angustia y de toda clase de sentimientos mezclados, le obligó a tirar brutalmente de las bridas de su montura.

—¡Texas!… ¡¡Jim!!

La voz se clavó en los oídos de Jim como un clarín de guerra y revolviéndose hacia atrás, descubrió sobre la silla de un caballo, una silueta que hubiese reconocido entre todas las del mundo.

—¡Stella! —rugió.

Echó su caballo sobre el de la joven y ésta, desfallecida, alargó ansiosamente sus brazos hasta caer en ellos, incapaz de resistir aquella nueva y terrible emoción.

Texas la arrancó de la silla y la atravesó sobre la suya, estrechándola contra su pecho amorosamente, al tiempo que todos los jinetes detenían su galope y se agrupaban en torno a él.

El *sheriff* fue el primero en dirigirse a Texas, diciendo:

—Capitán, tengo un enorme placer en conocerle personalmente y celebro infinito que aún viva. La muchacha me aseguró que le habían matado y…

Texas, sin soltar su dulce presa, preguntó:

—*Sheriff*, ¿quiere decirme cómo esta joven iba en su compañía y hacia dónde se dirigían ustedes?

—¡Oh, eso es muy largo para contar entre este maldito polvo! Si le parece bien, nos internaremos por terreno más propicio. Esa

joven debe ser atendida cuidadosamente. No parece muy fuerte y es el segundo desmayo que sufre en muy pocas horas.

Los jinetes atravesaron la carretera y se internaron por un lugar cubierto de árboles, al que no llegaba el polvo arenoso.

Texas eligió un arroyo cercano y mientras aplicaba a la joven compresas de agua fría, solicitó del *sheriff* una información.

—¿Cree usted que este es el camino que han seguido esos granujas?

—Tengo que creerlo. Hemos venido siguiendo las huellas del calesín desde los bosques de Sites.

—Bien, entonces creo que debemos, seguir tras ellos hasta localizarles si es posible. Tendré que buscar algún lugar propicio donde dejar a esta infeliz para poder seguir libre de impedimenta.

—A una milla de aquí hay una posada —advirtió uno de los peones—, yo la conozco.

—Pues vamos a ella-dijo Texas, resuelto. —Cada minuto que perdemos nos distancia mucho de esa carroña.

Montó a caballo, se hizo entregar el inanimado cuerpo de la joven y a todo galope se dirigieron a la posada.

Ya en ella, Texas, a pesar de la atracción que ejercía sobre él la muchacha y de la pena que le causaba dejarla en tal estado, dijo a Nino:

—Escucha, cabezota. Ahora sí que no admito súplicas de ninguna especie. Te vas a quedar aquí guardando a Stella.

—Bueno va, manito, ¡maldita sea todo Méjico! Pero no te perdono que me dejes aquí abollado sin poder dar su merecido a ese pringao. ¡Y yo que soñaba con curarme la herida con sangre de ese cholo asqueroso!

—Escucha —dijo Texas para consolarle—. Te prometo que si capturo con vida a Zenker, te lo dejaré por tu cuenta.

—¿Palabra de honor? En ese caso, vete ya, ¡maldita sea Sonora!, que estás perdiendo un tiempo precioso.

—Bueno, adiós, y… que la cuides bien.

—Como si fuera para mí, manito.

* * *

Cuando Nino se vio solo con Stella, se rascó la herida sin darse

cuenta, cosa que le obligó a lanzar un juramento y se preguntó qué podría hacer.

Una criada mejicana de la posada, le dio algunos consejos que trató de usar y, además de aplicar compresas de agua fría en la cabeza de la joven, la obligó a tragar algunas cucharadas de *whisky* y le dio masajes en los brazos y cuello.

Stella estuvo bajo los efectos del desmayo dos horas y cuando volvió en sí, una intensa fiebre se apoderó de ella, obligándola a delirar.

Nino sudaba rabiosamente no sabiendo qué hacer para cortar aquella fiebre, pero de madrugada, el estado febril cedió y la joven se quedó aletargada profundamente.

Mediado el día, despertó. Un estremecimiento de Stella sacudió sus nervios y echó mano al revólver, pero al comprobar que nadie había pretendido entrar, se tranquilizó.

Echó un rápido vistazo a Stella y descubrió que tenía los ojos abiertos, muy fijos en la puerta. Luego, los giró hacia él y al verle, extendió suavemente su mano y tomando la áspera del mejicano, murmuró:

—¡Oh, Nino, qué alegría más grande verle… vivo! Me dijeron que…

—Déjelo y no hable. Nino Mendoza tiene los huesos muy duros, creo yo, ¡maldita sea Guadalajara!, para que nadie se los machaque de verdad.

—¿Texas?… Pues… se fue, ¡maldita sea mi sombra! Se fue y no me dejó ir a retorcerle el pescuezo a ese cholo pringao que, ¡maldita sea Sonora!, yo…

—Bueno, va, manito —dijo ella, parodiándole—. No está bien que un hombre como usted maldiga de esa forma delante de una señorita…

Nino se puso rojo de vergüenza y repuso:

—Oh, tiene usted razón, ¡maldita sea todo Méjico! Soy un bruto sin educación, pero… ¡repinto! Yo no sé hablar más que así. No soy como manito Texas, que sabe mucho… Él tiene una «insicrasia» más pulida.

Stella sonrió, diciendo:

—Está bien, Nino, hable como quiera. Yo no me enfado… — Luego poniéndose seria añadió:

—Tengo miedo Nino… mucho miedo… he pasado unas angustias terribles, cuando esa arpía me dijo que había muerto… Creí que el mundo se hundía encima de mí…

Nino, sin darse cuenta de lo que decía, comentó:

—¡Pues y él, cuando se enteró de que le habían raptado!, ¡maldita sea Jalisco!… Creí que se volvía loco. Dijo que iba a prender fuego al infierno o así, con todo lo que tiene dentro, y añadió que si no la encontraba…

Se detuvo confuso y ella, anhelante, invitó:

—Siga, Nino… ¿Qué dijo?

—Pues dijo, ¡maldito sea, Judas!, que sin usted no podía vivir y que… Bueno, perdóneme. Creo que soy un bárbaro y que he dicho más de la cuenta…

Stella, radiante de gozo, susurró:

—No, Nino, no ha dicho usted demasiado… Ha dicho muy poco.

—¿Poco? Pues si él lo supiese… entonces sí que me pegaba dos tiros.

—¿Por qué?

—Pues por… ¡maldita sea el caballo de Atila!, porque es un secreto que no se atreve, creo yo, a decírselo él mismo al oído.

—Entonces… ¿cómo podré saberlo yo?

—¡Ah, pues…! Pídame que acabe a tiros con todos los pistoleros del Oeste y me será más fácil que contestar… Pero si usted quisiera… Bueno, yo no soy mujer…, ¡maldita sea el Infierno!, pero si lo fuese… Yo sabría cómo tenía que hacer o así para obligarle a soltarlo.

—Gracias, Nino, me ha enseñado usted el camino. Yo le obligaré a declararlo.

* * *

Dos días más tarde, casi anochecido, un galope de caballos se detuvo a la puerta de la posada. Stella, llevándose las manos al pecho, bajó corriendo a la puerta, en el momento en que Texas, cansado, polvoriento, desalentado, desmontaba.

Ella corrió a su encuentro y en un arranque de pasión abrió sus brazos y saltando a su cuello, le besó con idolatría, murmurando:

—¡Jim!… ¡Jim!…

Éste creyó morir de la emoción y confuso, vacilante, temblando como un chiquillo, musitó angustiado:

—¡Stella… por Dios!… ¿Qué hace?

Ella, sin soltarle, exclamó:

—¡Jim!… ¡Habla ya, por Dios! Lo sé todo… Me lo confesó Vera cuando…

Él, enajenado de gozo, le tapó la boca con un beso, diciendo:

—Gracias, Stella… También ella me dijo que tú… pero yo… yo no creía que…

Nino, que contemplaba la escena con lágrimas de alegría, exclamó:

—¡Repinto!… Tú no creías, porque eres más bruto que yo, algunas veces, ¡maldita sea Sonora! No te dije que…

—Vete de aquí, animal… Tú dices muchas idioteces.

—Pero ésta, ¡maldita sea Sonora!, era una verdad más grande que toda tu hacienda, manito.

Texas condujo a la joven a la habitación, donde se dejó caer sobre un asiento.

—¡Oh, Jim, vienes destrozado!

—Es cierto, Stella. He corrido muchas millas en balde. Nos ha costado gran trabajo encontrar la pista, pero cuando la encontramos, fue tarde. Habían huido en el tren y Dios sabe dónde se encontrarán ahora.

Stella, endureciendo los rasgos de su rostro, comentó:

—No sé si sentirlo o alegrarme, Jim. Me repugna la muerte de un ser por innoble que sea.

—No digas eso, Stella-afirmó él. —Ten presente, que es tu vida la que depende de la de esos monstruos. Por fortuna, tengo en mi poder a Spack y esta vez no se librará de mis iras.

—Quizá, pero, ¿y Vera?

—¿Vera? No sé… Stella… Le hice promesas de perdón… Está, desesperada por… por…

—Lo sé, Jim, y por eso es digna de lástima. Yo sé lo que es sufrir por un amor que creía imposible…

—Bien, te prometo no apelar a la violencia con ella… Creo que no es tan mala como parece y sí lo es influenciada por esos monstruos…

—Entonces, Jim, perdónala como yo la perdono.

Y amorosa se abrazó a él, como si así tratase de convencerle con más energía…

FIN



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».